

Shelley

Mary Shelley

Frankenstein

o

El moderno Prometeo

(Versión original)

Tomo I



IN OCTAVO
2025

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Mary Shelley

Frankenstein
o
El moderno Prometeo

(Versión original)

Tomo I



**IN OCTAVO
2025**

Noticia

Victor Frankenstein, doctorado en filosofía natural, es un joven extremadamente inteligente, ambicioso y esforzado, que considera casi una obligación emplear esas cualidades en alguna empresa magnífica capaz de beneficiar a la humanidad toda. Como hombre que vive a caballo de los siglos XVIII y XIX, es un hijo de la Ilustración y como tal, superados algunos coqueteos con la tradición oculta, confía plenamente en los poderes de la razón y los empeña con éxito para descubrir el secreto de la vida. Pero, como diría Goya décadas más tarde, el sueño de la razón produce monstruos, y el sueño de Frankenstein engendra el suyo, que lo perseguirá hasta el fin causándole indecibles sufrimientos y penurias.

Que la monstruosa criatura le haya robado el nombre a su creador en la imaginación del público es apenas una de las rarezas asociadas a esta novela de singular factura (historias insertadas unas dentro de otras, como en un juego de cajas chinas), cuya riqueza de significados excede con mucho la del relato de terror. La anécdota ha sido reproducida hasta el cansancio por el teatro, el cine y la televisión, pero esa popularidad no ha desalentado el interés de los eruditos, que han abordado este relato desde todas las perspectivas posibles, incluyendo la sociología, el psicoanálisis, la ideología de género y la crítica de la cultura.

Mary Shelley (1797-1851) escribió esta novela a los veintiún años, y asombra la penetración con la que describe las relaciones familiares y sociales de su época. Sus padres —William Godwin y Mary Wollstonecraft— eran activos publicistas de izquierda, y tal vez heredó de ellos la lucidez política pero no las ideas, mucho más conservadoras en comparación. Se casó con el poeta Percy B. Shelley, y concibió la historia durante unas vacaciones que compartían en Suiza con otros escritores, en el marco de un desafío literario destinado a entretener el encierro al que los obligaba el mal clima.

*Además de ésta, que le dio la fama, Mary Shelley escribió otras novelas, entre ellas Matilda (1819), Valperga (1823), El último hombre (1826), Lodore (1835) y Falkner (1837). Frankenstein apareció en 1818, fue su estreno como escritora, y no se atrevió a firmarlo. En 1831 revisó la redacción (según algunos críticos para moderar su crudeza inicial, según otros para eliminar correcciones introducidas por su marido), y publicó la novela bajo su nombre. Esta última edición es la más conocida y traducida; la que aquí presentamos, en versión castellana de **In Octavo**, sigue la original, publicada en tres tomos, y menos difundida. Para facilitar la lectura se han introducido algunas modificaciones formales en la presentación del texto, que se describen en cada caso.*

El Editor

*¿Acaso te imploré, oh Creador, que hicieras
de mi arcilla un hombre? ¿Te pedí acaso
que me arrancararas de las tinieblas?*

MILTON - El paraíso perdido

Respetuosamente dedicado
a William Godwin,
autor de *Political justice*, *Caleb Williams*, etc.

Prefacio

EL DR. DARWIN y algunos fisiólogos alemanes han considerado que el acontecimiento en el que se basa esta ficción no es imposible. Nadie piense que le otorgo el más mínimo grado de credibilidad a tal suposición; sin embargo, cuando lo adopté como base de una obra de ficción, no me imaginé a mí misma entretejiendo sin más una serie de terrores sobrenaturales. El suceso en el que se basa el interés de la historia está exento de las desventajas del simple relato de espectros o encantamientos. Se lo ha elogiado por la novedad de las situaciones que desarrolla; y, por imposible que sea como hecho físico, propone a la imaginación un punto de vista más completo y mejor ubicado para delinear las pasiones humanas que cualquier otro que puedan aportar las relaciones ordinarias de los acontecimientos corrientes.

En este sentido, me he esforzado por preservar la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana, pero no tuve escrúpulos a la hora de

innovar en sus combinaciones. La *Ilíada*, la poesía trágica de Grecia, Shakespeare, en *La tempestad* y *El sueño de una noche de verano*, y muy especialmente Milton, en *El paraíso perdido*, se ajustan a esta regla; y el novelista más humilde, que busca conferir o recibir diversión de sus trabajos, puede, sin presunción, aplicar a la ficción en prosa una licencia, o más bien una regla, de cuya adopción han resultado tantas exquisitas combinaciones de sentimientos humanos en los más altos ejemplos de la poesía.

La circunstancia en la que se basa mi historia surgió en una conversación informal. Se inició, en parte como fuente de entretenimiento y, en parte, como expediente para ejercitar recursos mentales aún no probados. A medida que avanzaba el trabajo, se mezclaron otros motivos con éstos. No soy en absoluto indiferente a la forma como las inclinaciones morales presentes en los sentimientos o personajes que contiene puedan afectar al lector; sin embargo, mi principal preocupación a este respecto se ha limitado a evitar los efectos enervantes de las novelas actuales, y a mostrar la amabilidad del afecto doméstico y la excelencia de la virtud universal. Las opiniones que surgen naturalmente del carácter y la situación del héroe no deben concebirse en modo alguno como típicas de mis propias convicciones; tampoco debe extraerse de las páginas siguientes ninguna conclusión a favor o en contra de ninguna doctrina filosófica de ningún tipo.

Es asunto de interés adicional para la autora que esta historia haya comenzado a escribirse en la majestuosa región donde se desarrolla principalmente la trama y en una compañía que no puede sino echar de menos. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. La temporada fue fría y lluviosa, y por las noches nos agrupábamos alrededor de una chimenea encendida y de vez en cuando nos entreteníamos con algunas historias alemanas de fantasmas, que casualmente habían caído en nuestras manos. Estos relatos despertaron en nosotros un juguetón deseo de imitación. Otros dos amigos (una historia escrita por uno de ellos sería mucho más aceptable para el público que cualquier cosa que yo pueda esperar producir) y yo misma acordamos escribir cada uno una historia basada en algún suceso sobrenatural.

Sin embargo, el tiempo cambió repentinamente y mis dos amigos me dejaron para emprender un viaje por los Alpes, donde perdieron, entre los magníficos paisajes que éstos ofrecen, todo recuerdo de sus visiones fantasmales. El siguiente relato es el único que se ha completado.¹

¹ De la excursión a los Alpes participaron Mary Shelley, los poetas románticos Percy B. Shelley y Lord Byron, y el médico John Polidori. Pero también “el pobre Polidori”, como lo llamaban sus compañeros de viaje, logró completar su relato, que tituló *El vampiro* y fue el disparador de un prolífico género narrativo. Por cierto, apareció publicado en 1819, después de que Mary Shelley escribiera este prólogo, e inexplicablemente atribuido a Lord Byron. Aunque la autoría quedó rápidamente aclarada, Shelley no corrigió esta observación al revisar su novela en 1831. (N. de I.O.)

Frankenstein
o
El moderno Prometeo

Tomo I

Las cartas de Robert Walton ¹

A LA SRA. SAVILLE, INGLATERRA.

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17..

Te alegrará saber que ningún desastre ha acompañado el inicio de una empresa que has considerado con tan malos presentimientos. Llegué aquí ayer, y mi primera tarea es dar seguridades a mi querida hermana sobre mi bienestar y mi creciente confianza en el éxito de mi emprendimiento.

Ya estoy muy al norte de Londres; y mientras camino por las calles de Petersburgo, siento una fría brisa del norte acariciando mis mejillas, lo que me fortalece los nervios y me llena de alegría. ¿Entiendes este senti-

1 Este título no aparece en el original. Shelley distribuye las primeras cuatro cartas como capítulos (Carta I, Carta II, etc.) pero enseguida opta por una presentación secuencial, que repite en la parte final de la obra y que adoptamos en esta edición de manera uniforme. Estas cartas componen el primer hilo narrativo, que envuelve y contiene a todos los demás, (N. de I.O.)

miento? Esta brisa, que ha viajado desde las regiones hacia las que me dirijo, me da un anticipo de esos climas helados. Inspirado por este viento prometedor, mis sueños diurnos se vuelven más fervientes y vívidos. Intento en vano convencerme de que el polo es el lugar de las heladas y la desolación; siempre se presenta a mi imaginación como la región de la belleza y el deleite.

Allí, Margaret, el sol es visible para siempre; su amplio disco roza el horizonte y difunde un esplendor perpetuo. Allí —porque, con tu permiso, hermana mía, voy a confiar en los navegantes que nos precedieron—, allí la nieve y el hielo están desterrados; y, navegando por un mar en calma, podemos ser llevados a una tierra que supera en maravillas y en belleza a todas las regiones descubiertas hasta ahora en el globo habitable. Sus productos y características pueden no tener parangón, como sin duda lo son los fenómenos de los cuerpos celestes en esas soledades desconocidas.

¿Qué no se puede esperar en un país de luz eterna? Allí podré descubrir el maravilloso poder que atrae la aguja, y podré conducir mil observaciones celestes, que sólo requieren este viaje para que sus aparentes excentricidades se vuelvan coherentes para siempre. Satisfaré mi ardiente curiosidad con la visión de una parte del mundo nunca antes visitada, y podré pisar una tierra nunca antes pisada por el hombre.

Éstos son mis alicientes, y son suficientes para vencer todo temor al peligro o a la muerte, y para inducirme a emprender este laborioso viaje con la alegría que siente un niño cuando se embarca en un bo-

tecito, con sus compañeros de vacaciones, en una expedición de descubrimiento por el río de su tierra natal.

Pero, suponiendo que todas estas conjeturas sean falsas, no se puede negar el inestimable beneficio que conferiré a toda la humanidad hasta la última generación, al descubrir un paso cerca del polo hacia esos países, para llegar a los cuales en la actualidad se requieren tantos meses; o al averiguar el secreto del imán, lo cual, si es posible, solo puede lograrse mediante una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con la que comencé mi carta, y siento que mi corazón arde con un entusiasmo que me eleva al cielo; pues nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme, un punto en el que el alma puede fijar su mirada intelectual. Esta expedición ha sido el sueño favorito de mi juventud. He leído con fervor los relatos de los diversos viajes que se han realizado con la perspectiva de llegar al océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el polo.

Quizás recuerdes que la historia de todos los viajes realizados con fines de descubrimiento componía la entera biblioteca de nuestro buen tío Thomas. Mi educación fue descuidada, pero yo era un apasionado de la lectura. Esos volúmenes eran mi estudio día y noche, y mi familiaridad con ellos aumentaba el pesar que había sentido, de niño, al saber que la última voluntad de mi padre había prohibido a mi tío permitirme embarcarme en una vida marinera.

Estas visiones se desvanecieron cuando leí por primera vez a aquellos poetas cuyas efusiones cautivaron mi alma y la elevaron al cielo. Yo también me convertí en poeta y durante un año viví en un paraíso creado por mí mismo; imaginaba que yo también podría obtener un nicho en el templo donde los nombres de Homero y Shakespeare están consagrados. Conoces bien mi fracaso y lo mucho que me pesó la decepción. Pero justo en ese momento heredé la fortuna de mi primo, y mis pensamientos volvieron a encauzarse hacia su inclinación anterior.

Han pasado seis años desde que decidí cumplir este propósito. Aún recuerdo el momento en que me consagré a esta gran empresa. Empecé por acostumbrar mi cuerpo a las penurias. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte; soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajaba más duro que los marineros comunes durante el día y dedicaba mis noches al estudio de las matemáticas, la teoría de la medicina y aquellas ramas de la ciencia física de las que un aventurero naval pudiera obtener la mayor ventaja práctica.

En dos ocasiones me contraté como segundo oficial en un ballenero de Groenlandia y desempeñé mi labor de forma admirable. Debo reconocer que me sentí un poco orgulloso cuando mi capitán me ofreció el segundo puesto de dignidad en el barco y me rogó con gran insistencia que me quedara, ya que consideraba muy valiosos mis servicios.

Y además, querida Margaret, ¿no me merezco acaso coronar algún gran propósito? Mi vida podría haber transcurrido en la comodidad y el lujo, pero preferí la gloria a todos los atractivos que la riqueza puso en mi camino. ¡Oh, ojalá alguna voz alentadora respondiera afirmativamente! Mi valor y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas fluctúan y mi ánimo se deprime a menudo. Estoy a punto de emprender un viaje largo y difícil, cuyas emergencias exigirán toda mi fortaleza: se me exige no solo levantar el ánimo de los demás, sino a veces mantener el mío propio, cuando el de ellos flaquea.

Este es el período más favorable para viajar por Rusia. Vuelan rápidamente sobre la nieve en sus trineos; el movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más agradable que el de una diligencia inglesa. El frío no es excesivo si vas envuelto en pieles, un atuendo que yo ya he adoptado, pues hay una gran diferencia entre caminar por la cubierta y permanecer sentado inmóvil durante horas, cuando ningún ejercicio impide que la sangre se te congele en las venas. No tengo ninguna ambición de perder la vida en la carrera postal entre San Petersburgo y Arcángel.

Partiré hacia esta última ciudad dentro de dos o tres semanas, y mi intención es alquilar allí un barco, lo cual se puede hacer fácilmente pagando el seguro al propietario, y contratar a tantos marineros como considere necesario entre aquellos que estén acostumbrados a la caza de ballenas. No tengo intención de zarpar hasta el mes de junio: ¿y cuándo

volveré? Ah, querida hermana, ¿cómo puedo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, pasarán muchos, muchos meses, quizás años, antes de que tú y yo podamos vernos. Si fracaso, me volverás a ver pronto, o nunca.

Adiós, mi querida y excelente Margaret. Que el cielo te colme a ti de bendiciones y a mí me salve, para que pueda dar testimonio una y otra vez de mi gratitud por todo tu amor y bondad.

Tu afectuoso hermano,

R. WALTON

* * *

A LA SRA. SAVILLE, INGLATERRA.

Arcángel, 28 de marzo de 17..

Qué lentamente pasa el tiempo aquí, rodeado como estoy por la escarcha y la nieve; sin embargo, se cumple un segundo paso hacia mi empresa. He contratado un barco y estoy ocupado reuniendo a mis marineros; los que ya he contratado parecen ser hombres en los que puedo confiar y que sin duda poseen un valor intrépido.

Pero tengo un deseo que aún no he podido satisfacer, y la ausencia de su objeto me parece ahora un mal muy grave. No tengo ningún amigo, Margaret: cuando me embarga el entusiasmo del éxito, no hay nadie con quien compartir mi alegría; si me asalta la decepción, nadie se esfuerza por sostenerme en mi

abatimiento. Es cierto que plasmaré mis pensamientos en papel, pero ése es un medio pobre para comunicar sentimientos. Deseo la compañía de un hombre que pueda simpatizar conmigo, cuyos ojos respondan a los míos. Puede que me consideres romántico, querida hermana, pero siento amargamente la falta de un amigo. No tengo a nadie cerca de mí, gentil pero valiente, dotado de una mente cultivada y amplia, cuyos gustos sean como los míos, que apruebe o corrija mis planes. ¡Cómo repararía un amigo así los defectos de tu pobre hermano! Soy demasiado ardiente en la ejecución y demasiado impaciente ante las dificultades.

Pero para mí es un mal aún mayor el hecho de ser autodidacta: durante los primeros catorce años de mi vida viví como un salvaje en un páramo y no leí nada más que los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa edad conocí a los célebres poetas de nuestro país; y sólo cuando ya no estaba en mi mano obtener los beneficios más importantes de tal convicción, comprendí la necesidad de familiarizarme con más idiomas que el de mi país natal.

Ahora tengo veintiocho años y, en realidad, soy más inculto que muchos escolares de quince. Es cierto que he pensado más y que mis ensoñaciones son más extensas y magníficas, pero carecen (como dicen los pintores) de consistencia, y necesito urgentemente un amigo que tenga el sentido común de no despreciarme por romántico y el afecto suficiente por mí como para intentar sujetarle las riendas a mi mente.

Bueno, estas son quejas inútiles; sin duda no encontraré ningún amigo en el vasto océano, ni siquiera aquí en Arcángel, entre comerciantes y marineros.

Sin embargo, algunos sentimientos, ajenos a la escoria de la naturaleza humana, laten incluso en estos pechos rudos. Mi teniente, por ejemplo, es un hombre de maravilloso coraje y espíritu emprendedor; está locamente deseoso de gloria. Es un inglés y, en medio de los prejuicios nacionales y profesionales, sin suavizar por la cultura, conserva algunas de las dotes más nobles de la humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero: al descubrir que estaba desempleado en esta ciudad, no me costó contratarlo para que me ayudara en mi empresa.

El capitán es una persona de excelente carácter, y destaca en el barco por su amabilidad y la suavidad de su disciplina. De hecho, es tan afable que no caza (una de las diversiones favoritas y casi la única aquí), porque no soporta derramar sangre. Además, es heroicamente generoso.

Hace algunos años amó a una joven rusa de fortuna moderada y, como ya había amasado una considerable suma en recompensas, el padre de la muchacha consintió el matrimonio. Vio a su amada una vez antes de la ceremonia prevista, pero ella estaba bañada en lágrimas y, arrojándose a sus pies, le suplicó que la perdonara, confesándole al mismo tiempo que amaba a otro, pero que él era pobre y que su padre nunca consentiría la unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la suplicante y, al ser informado del

nombre de su amante, abandonó inmediatamente su empeño. Ya había comprado una granja con su dinero, en la que había pensado pasar el resto de su vida; pero se lo cedió todo a su rival, junto con los restos de su recompensa para que comprara ganado, y luego él mismo solicitó al padre de la joven que consintiera el matrimonio con su amante. Pero el anciano se negó rotundamente, pensando que estaba obligado por honor a mi amigo; quien, al ver que el padre era inexorable, abandonó su país y no regresó hasta que supo que su antigua amante se había casado según sus deseos. «¡Qué noble hombre!», excluirás. Lo es; pero ha pasado toda su vida a bordo de un barco y apenas piensa en otra cosa que no sea la de la cuerda y el obenque.

Pero no creas que, porque me queje un poco, o porque pueda imaginar un consuelo para mis fatigas que tal vez nunca llegue a conocer, estoy vacilando en mis resoluciones. Estas son tan firmes como el destino; y mi viaje ahora sólo se retrasa hasta que el tiempo me permita el embarque. El invierno ha sido terriblemente severo, pero la primavera promete ser buena y se considera que será una estación notablemente temprana, por lo que tal vez pueda zarpar antes de lo que esperaba. No haré nada precipitado; me conoces lo suficiente como para confiar en mi prudencia y consideración toda vez que la seguridad de otros se encuentre bajo mi cuidado.

No puedo describirte mis sensaciones ante la inminente puesta en marcha de mi empresa. Es impo-

sible transmitirte una idea de la sensación temblorosa, mitad placentera y mitad temerosa, con la que me preparo para partir. Me dirijo a regiones inexploradas, a «la tierra de la niebla y la nieve», pero no mataré ningún albatros, así que no se preocupen por mi seguridad.

¿Volveré a verte, después de haber atravesado inmensos mares y regresado por el cabo más meridional de África o América? No me atrevo a esperar tal éxito, pero no soporto mirar el reverso de la imagen. Sigue escribiéndome cada vez que tengas oportunidad: puede que reciba tus cartas (aunque la posibilidad es muy dudosa) en esas ocasiones en las que más las necesite para mantener el ánimo. Te quiero con mucha ternura. Recuérdame con cariño, si nunca vuelves a saber de mí.

Tu afectuoso hermano,

ROBERT WALTON.

* * *

A LA SRA. SAVILLE, INGLATERRA.

17 de julio de 17..

Mi querida hermana:

Escribo unas líneas apresuradamente para decir que estoy bien y que mi viaje avanza a buen ritmo. Esta carta llegará a Inglaterra en un barco mercante que ahora regresa de Arcángel; más afortunado que yo, que quizá no vuelva a ver mi tierra natal en muchos años. Sin embargo, estoy de buen ánimo: mis

hombres son valientes y parecen tener un propósito firme; tampoco parecen desanimarlos las capas de hielo flotantes que nos rodean continuamente, indicando los peligros de la región hacia la que avanzamos. Ya hemos alcanzado una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano y, aunque no hace tanto calor como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos empujan rápidamente hacia esas costas que tanto deseo alcanzar, traen consigo una calidez renovadora que no esperaba.

Hasta ahora no nos ha ocurrido ningún incidente digno de mencionar en una carta. Uno o dos fuertes vendavales y la rotura de un mástil son accidentes que los navegantes experimentados apenas recuerdan registrar; y estaré muy contento si no nos ocurre nada peor durante nuestro viaje.

Adiós, mi querida Margaret. Ten por seguro que, tanto por mi bien como por el tuyo, no me arriesgaré al descuido. Seré sensato, perseverante y prudente.

Recuerda a todos mis amigos ingleses.

Con todo mi cariño,

R. W.

* * *

A LA SRA. SAVILLE, INGLATERRA.

5 de agosto de 17..

Nos ha ocurrido un incidente tan extraño que no puedo evitar relatarlo, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio), estuvimos a punto de quedar rodeados por el hielo, que cerró el barco por todos lados, sin dejarle apenas espacio para flotar. Nuestra situación era algo peligrosa, sobre todo porque estábamos rodeados por una niebla muy espesa. Por lo tanto, nos quedamos a la espera, con la esperanza de que se produjera algún cambio en la atmósfera y en el tiempo.

Hacia las dos en punto, la niebla se disipó y contemplamos, extendiéndose en todas direcciones, vastas e irregulares llanuras de hielo que parecían no tener fin. Algunos de mis compañeros lanzó una exclamación, y mi propia mente se volvió cada vez más alerta y llena de inquietud, cuando una extraña visión atrajo de repente nuestra atención y apartó las preocupaciones de nuestra propia situación. Advertimos un carro bajo, fijado a un trineo y tirado por perros, que pasaba hacia el norte, a una distancia de media milla: un ser que tenía la forma de un hombre, pero aparentemente de estatura gigantesca, estaba sentado en el trineo y guiaba a los perros. Observamos el rápido avance del viajero con nuestros telescopios, hasta que se perdió entre las lejanas irregularidades del hielo.

Esta aparición despertó nuestro asombro sin límites. Creíamos encontrarnos a muchos cientos de millas de cualquier tierra; pero esta aparición parecía indicar que, en realidad, no estaba tan lejos como habíamos supuesto. Sin embargo, encerrados por el hielo, era imposible seguir su rastro, que habíamos observado con la mayor atención.

Aproximadamente dos horas después de este suceso, oímos que el mar se agitaba; y antes de que cayera la noche, el hielo se rompió y liberó a nuestro barco. Sin embargo, permanecemos a la deriva hasta la mañana siguiente, temerosos de encontrarnos en la oscuridad con aquellas grandes masas sueltas que flotan tras la ruptura del hielo. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, sin embargo, tan pronto como amaneció, subí a cubierta y encontré a todos los marineros ocupados en un lado del barco, aparentemente hablando con alguien en el mar. Se trataba, de hecho, de un trineo, como el que habíamos visto antes, que había derivado hacia nosotros durante la noche, sobre un gran fragmento de hielo.

Sólo quedaba un perro con vida, pero había un ser humano dentro del trineo, a quien los marineros estaban persuadiendo para que subiera al barco. No era, como parecía ser el otro viajero, un salvaje habitante de alguna isla desconocida, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, el capitán dijo:

—Aquí está nuestro jefe, y él no permitirá que perezcas en mar abierto.

Al verme, el desconocido se dirigió a mí en inglés, aunque con acento extranjero.

—Antes de abordar su embarcación —dijo—, ¿sería tan amable de informarme hacia dónde se dirige?

Puedes imaginar mi asombro al oír tal pregunta dirigida a mí por un hombre al borde del desastre,

para quien mi barco supuestamente representaría un recurso que no habría cambiado por la riqueza más preciosa de la tierra. Sin embargo, le respondí que estábamos en un viaje de descubrimiento hacia el polo norte.

Al oír esto, pareció satisfecho y accedió a subir a bordo. ¡Dios mío! Si hubieras visto, Margaret, al hombre que se rindió así por su seguridad, tu sorpresa habría sido infinita. Tenía las extremidades casi congeladas y el cuerpo terriblemente demacrado por el cansancio y el sufrimiento. Nunca había visto a un hombre en tan lamentable estado. Intentamos conducirlo al camarote, pero en cuanto salió del aire fresco, se desmayó. Por lo tanto, lo llevamos de vuelta a la cubierta y lo reanimamos frotándolo con brandy y obligándolo a tragar una pequeña cantidad. Tan pronto como mostró signos de vida, lo envolvimos en mantas y lo colocamos cerca de la chimenea de la cocina. Poco a poco se recuperó y comió un poco de sopa, lo que lo reanimó de maravillas.

Pasaron así dos días antes de que pudiera hablar, y a menudo temí que sus sufrimientos le hubieran privado de la razón. Cuando se recuperó en cierta medida, lo trasladé a mi camarote y lo atendí tanto como me lo permitía mi deber. Nunca vi a un ser más interesante: sus ojos suelen tener una expresión salvaje, e incluso de locura; pero hay momentos en los que, si alguien le muestra amabilidad o le presta el más mínimo servicio, todo su rostro se ilumina, por así decirlo, con un rayo de benevolencia y dulzura como nunca he visto. Pero por lo general es me-

lancólico y desesperanzado; y a veces rechina los dientes, como impaciente por el peso de las desgracias que lo oprimen.

Cuando mi invitado se recuperó un poco, me costó mucho mantener alejados a los hombres, que deseaban hacerle mil preguntas; pero no quería que lo atormentaran con su curiosidad ociosa, en un estado físico y mental cuya recuperación dependía evidentemente de un reposo completo. Sin embargo, en una ocasión, el teniente le preguntó por qué había llegado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño.

Su rostro adoptó al instante un aspecto de profunda tristeza y respondió:

—Para buscar a alguien que huyó de mí.

—¿Y el hombre al que perseguía viajaba de la misma manera?

—Sí.

—Entonces creo que lo hemos visto, porque el día antes de recogerlo, vimos unos perros tirando de un trineo con un hombre dentro, cruzando el hielo.

Esto despertó la atención del desconocido, quien le hizo multitud de preguntas sobre la ruta que había seguido el demonio, como él lo llamaba. Poco después, cuando se quedó a solas conmigo, me dijo:

—Sin duda he despertado su curiosidad, al igual que la de estas buenas personas, pero usted es demasiado considerado como para hacer preguntas.

—Ciertamente; sería muy impertinente e inhumano de mi parte molestarle con mi curiosidad.

—Y, sin embargo, usted me ha rescatado de una situación extraña y peligrosa; me ha devuelto benévolamente a la vida.

Poco después, me preguntó si creía que la ruptura del hielo había destruido el otro trineo. Le respondí que no podía responder con certeza, ya que el hielo no se había roto hasta cerca de la medianoche, y el viajero podría haber llegado a un lugar seguro antes de esa hora, pero no podía juzgarlo.

A partir de ese momento, el desconocido pareció muy ansioso por subir a cubierta para vigilar el trineo que había aparecido antes, pero le convencí para que permaneciera en la cabina, ya que estaba demasiado débil para soportar el frío del exterior. Sin embargo, le prometí que alguien estaría vigilando por él y le avisaría inmediatamente si aparecía algún objeto nuevo a la vista.

Tal es mi diario sobre lo relacionado con este extraño suceso hasta el día de hoy. El desconocido ha mejorado gradualmente de salud, pero es muy silencioso y parece inquietarse cuando alguien que no sea yo entra en su camarote. Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y amables que todos los marineros se interesan por él, aunque han tenido muy poca comunicación. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano, y su constante y profundo dolor me llena de simpatía y compasión. Debí de ser una persona noble en sus mejores días, ya que incluso ahora, en su estado actual, es atractivo y amable.

En una de mis cartas, querida Margaret, dije que no encontraría ningún amigo en el vasto océano; sin embargo, he encontrado a un hombre que, antes de que su espíritu fuera quebrantado por la miseria, me habría encantado tener como hermano de corazón.

Seguiré escribiendo mi diario sobre el desconocido de vez en cuando, si tengo algún incidente nuevo que contar.

* * *

13 de agosto de 17..

Mi afecto por mi huésped aumenta cada día. Despierta en mí, al mismo tiempo, una admiración y una compasión asombrosas. ¿Cómo puedo ver a una criatura tan noble destruida por la miseria sin sentir una pena desgarradora? Es tan gentil y, a la vez, tan sabio; su mente es tan culta y, cuando habla, aunque elige sus palabras con el mayor arte, éstas fluyen con rapidez y una elocuencia sin igual.

Ahora se ha recuperado bastante de su enfermedad y está continuamente en la cubierta, aparentemente esperando el trineo que iba delante del suyo. Sin embargo, aunque es infeliz, no está tan absorto en su propia desgracia como para no interesarse profundamente por las ocupaciones de los demás. Me ha hecho muchas preguntas sobre mi propósito y yo le he contado con franqueza mi pequeña historia. Pareció complacido con la confianza y sugirió varias modificaciones en mi plan, que me resultarán sumamente útiles. No hay pedantería en su manera de

ser, sino que todo lo que hace parece surgir únicamente del interés que instintivamente tiene por el bienestar de quienes le rodean.

A menudo le invade la melancolía y entonces se sienta solo e intenta superar todo lo que hay de hosco o antisocial en su humor. Estos paroxismos pasan por él como una nube que oculta el sol, aunque su abatimiento nunca lo abandona. He intentado ganarme su confianza y creo haberlo conseguido. Un día le mencioné el deseo que siempre había sentido de encontrar un amigo que pudiera simpatizar conmigo y guiarme con sus consejos. Le dije que no pertenecía a esa clase de hombres que se ofenden por los consejos.

—Soy autodidacta y quizá no confío lo suficiente en mis propias capacidades. Por lo tanto, deseo que mi compañero sea más sabio y tenga más experiencia que yo, para que me confirme y me apoye; tampoco he creído imposible encontrar un verdadero amigo.

—Estoy de acuerdo con usted —respondió el desconocido—, en creer que la amistad no solo es deseable, sino también posible de adquirir. Una vez tuve un amigo, el más noble de los seres humanos, y por lo tanto tengo derecho a juzgar lo que es la amistad. Usted tiene esperanza y el mundo por delante, y no tiene motivos para desesperarse. Pero yo... yo lo he perdido todo y no puedo empezar una nueva vida.

Al decir esto, su rostro se llenó de una tranquila y profunda tristeza que me conmovió el corazón. Pero se quedó en silencio y, al poco rato, se retiró a su camarote.

A pesar de tener el espíritu quebrantado, nadie puede sentir más profundamente que él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y todas las vistas que ofrecen estas maravillosas regiones parecen seguir teniendo el poder de elevar su alma por encima de la tierra. Un hombre así tiene una doble existencia: puede sufrir tristeza y sentirse abrumado por el desaliento; sin embargo, cuando se retira a su interior, es como un espíritu celestial, rodeado de un halo, dentro del cual no se atreven a entrar ni el dolor ni la locura.

¿Te ríes del entusiasmo que expreso por este divino vagabundo? Si lo haces, sin duda habrás perdido esa sencillez que una vez fue tu encanto característico. Sin embargo, si quieres, sonríe ante la calidez de mis expresiones, mientras yo encuentro cada día nuevas razones para repetirlas.

* * *

19 de agosto de 17..

Ayer, el desconocido me dijo:

—Capitán Walton, usted puede percibir fácilmente que he sufrido grandes desgracias que no tienen parangón. En su momento, decidí que el recuerdo de estos males moriría conmigo, pero usted me ha convencido de que cambie mi decisión. Usted busca el conocimiento y la sabiduría, como yo lo hice en su día, y espero fervientemente que la satisfacción de sus deseos no sea una serpiente que le muerda, como lo ha sido la mía. No sé si el relato de mis desgracias

le será útil, pero, si le apetece, escuche mi historia. Creo que los extraños incidentes relacionados con ella te permitirán tener una visión de la naturaleza que puede ampliar sus facultades y su comprensión. Oirá hablar de poderes y acontecimientos que seguramente ha creído imposibles, pero no dudo de que mi relato transmite en su desarrollo la evidencia interna de la veracidad de los acontecimientos que lo componen.

Es fácil imaginar que me sentí muy complacido por la narración que me ofrecía; sin embargo, no podía soportar que renovara su dolor con el relato de sus desgracias. Sentía un gran interés por escuchar la narración prometida, en parte por curiosidad y en parte por un fuerte deseo de mejorar su destino, si estaba en mis manos. Expresé estos sentimientos en mi respuesta.

—Le agradezco su simpatía —respondió—, pero es inútil; mi destino está casi cumplido. Solo espero un acontecimiento, y entonces descansaré en paz. Entiendo lo que siente —continuó, percibiendo que yo deseaba interrumpirlo—, pero se equivoca, amigo mío, si me permite llamarle así; nada puede alterar mi destino: escuche mi historia y comprenderá cuán irrevocablemente está ya determinado.

A continuación, me dijo que comenzaría su relato al día siguiente, cuando yo estuviera libre. Esta promesa me arrancó el más sincero agradecimiento. He decidido que cada noche, cuando no esté ocupado, registraré, lo más fielmente posible con sus propias

palabras, lo que me haya contado durante el día. Si estuviera ocupado, al menos tomaré notas. Sin duda, este manuscrito te proporcionará a ti un gran placer, pero yo, que lo conozco y lo escucho de sus propios labios, ¡con qué interés y simpatía lo leeré algún día en el futuro!

La historia de Victor Frankenstein, contada por él mismo ¹

1 Este título tampoco aparece en el original. Mary Shelley repite en este lugar el título general de su novela, tal como aparece en la página 11 de esta edición, lo que no ayuda a ordenar la lectura. Aquí comienza un segundo hilo narrativo, que contiene a su vez otras historias subsidiarias, en especial la de Justine Moritz y la de la familia De Lacy. (N. de I.O.)

Capítulo I

SOY GINEBRINO de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Mis antepasados fueron durante muchos años consejeros y síndicos, y mi padre ocupó varios cargos públicos con honor y reputación. Todos los que lo conocían lo respetaban por su integridad y su incansable atención a los asuntos públicos. Pasó su juventud permanentemente ocupado en los asuntos de su país, y no fue hasta el ocaso de su vida cuando pensó en casarse y dar al Estado hijos que pudieran transmitir sus virtudes y su nombre a la posteridad.

Dado que las circunstancias de su matrimonio ilustran su carácter, no puedo abstenerme de relatarlas. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante que, tras haber gozado de una situación próspera, cayó en la pobreza debido a numerosas desgracias. Este hombre, cuyo nombre era Beaufort, tenía un carácter orgulloso e inflexible, y no podía soportar vivir en la pobreza y el olvido en el mismo

país donde antes se había distinguido por su rango y magnificencia. Por lo tanto, tras pagar sus deudas de la manera más honorable, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió en el anonimato y la miseria. Mi padre amaba a Beaufort con la más sincera amistad y estaba profundamente afligido por su retirada en estas desafortunadas circunstancias. También lamentaba la pérdida de su compañía y decidió buscarlo y tratar de persuadirlo para que aceptara su crédito y ayuda, y recomenzara su vida.

Beaufort había tomado medidas eficaces para ocultarse, y pasaron diez meses antes de que mi padre descubriera su paradero. Entusiasmado con ese descubrimiento, se apresuró a ir a la casa, que estaba situada en una calle humilde, cerca del Reuss. Pero cuando entró, sólo le recibieron la miseria y la desesperación. Beaufort había salvado una pequeña suma de dinero de la ruina de su fortuna, suficiente para mantenerse durante algunos meses, mientras esperaba conseguir un empleo respetable en una casa de comercio. El intervalo se consumió en la inactividad; cuando tuvo tiempo para reflexionar, su dolor se volvió más profundo y rancio; y al fin se apoderó tan rápidamente de su mente que, al cabo de tres meses, yacía en un lecho de enfermo, incapaz de cualquier esfuerzo.

Su hija lo atendía con la mayor ternura, aunque veía con desesperación que sus escasos fondos disminuían rápidamente y que no había ninguna otra perspectiva de sustento. Pero Caroline Beaufort poseía una mente de carácter poco común, y su coraje

creció para sostenerla en la adversidad. Consiguió un trabajo sencillo: trenzaba paja y, por diversos medios, se las ingenió para ganar una magra pitanza apenas suficiente para mantenerse con vida.

Así pasaron varios meses. Su padre empeoró; ella dedicó todo su tiempo a cuidarlo; sus recursos de subsistencia disminuyeron y, al cabo de diez meses, el hombre murió en sus brazos, dejándola huérfana y en la miseria. Este último golpe fue mucho para ella; y se encontraba arrodillada junto al ataúd de Beaufort, llorando amargamente, cuando mi padre entró en la habitación. Acudió como un espíritu protector para la pobre muchacha, que se entregó a su cuidado, y tras el entierro de su amigo, la llevó a Ginebra y la colocó bajo la protección de un pariente. Dos años después de este suceso, Caroline se convirtió en su esposa.

Mi padre se encontró tan ocupado por las obligaciones de su nueva situación que renunció a muchas de sus tareas públicas y se dedicó por completo a la educación de sus hijos. Yo era el mayor de ellos y por lo tanto el sucesor de todas sus labores y beneficios. Nadie podría haber tenido padres más tiernos que los míos. Mi progreso y mi salud eran su preocupación constante, sobre todo porque durante varios años fui su único hijo. Pero antes de continuar con mi relato, debo mencionar un incidente que tuvo lugar cuando yo tenía cuatro años.

Mi padre tenía una hermana a la que quería mucho y que se había casado muy joven con un caballero italiano. Poco después de casarse, acompañó a su

marido a su país natal y, durante algunos años, mi padre apenas tuvo contacto con ella. Más o menos en la época que mencioné, ella murió; y unos meses después, mi padre recibió una carta de su marido, en la que le decía que se proponía casarse con una mujer italiana y le pedía que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, la única hija de su difunta hermana. «Es mi deseo», escribió, «que la consideres como tu propia hija y la eduques como tal. La fortuna de su madre está asegurada para ella, y te confiaré los documentos que lo acreditan. Reflexiona sobre esta propuesta y decide si prefieres educar tú mismo a tu sobrina antes que dejar que la críe una madrastra.»

Mi padre no lo dudó y viajó inmediatamente a Italia para acompañar a la pequeña Elizabeth a su futuro hogar. A menudo he oído a mi madre decir que, en aquel momento, era la niña más hermosa que había visto nunca y que ya entonces mostraba signos de un carácter dulce y afectuoso. Estas indicaciones, y el deseo de estrechar al máximo los lazos del amor familiar, llevaron a mi madre a considerar a Elizabeth como mi futura esposa, un proyecto del que nunca tuvo motivos para arrepentirse.

A partir de ese momento, Elizabeth Lavenza se convirtió en mi compañera de juegos y, a medida que fuimos creciendo, en mi amiga. Era dócil y de buen carácter, pero alegre y juguetona como un insecto de verano. Aunque era vivaz y animada, sus sentimientos eran fuertes y profundos, y su carácter era extraordinariamente afectuoso. Nadie podía disfrutar mejor de la libertad, pero tampoco nadie po-

día someterse con más elegancia que ella a las restricciones y los caprichos. Su imaginación era exuberante, pero su capacidad de dedicación era grande. Su persona era el reflejo de su mente; sus ojos color avellana, aunque tan vivos como los de un pájaro, poseían una atractiva suavidad. Su figura era ligera y etérea; y, aunque capaz de soportar grandes fatigas, parecía la criatura más frágil del mundo. Así como admiraba su inteligencia y su fantasía, me encantaba cuidarla como lo haría con un animal favorito; y nunca vi tanta gracia, personal y espiritual, unidas a tan escasa arrogancia.

Todos adoraban a Elizabeth. Si los sirvientes tenían alguna petición que hacer, siempre era a través de su intercesión. Éramos ajenos a cualquier tipo de desunión y disputa; pues aunque había una gran diferencia en nuestros caracteres, había armonía en esa misma diferencia. Yo era más tranquilo y filosófico que mi compañera; sin embargo, mi temperamento no era tan dócil. Mi dedicación era más duradera, pero no tan severa mientras duraba. Me encantaba investigar los hechos relacionados con el mundo real; ella se ocupaba de seguir las creaciones etéreas de los poetas. El mundo era para mí un secreto que deseaba descubrir; para ella era un vacío que trataba de llenar con su propia imaginación.

Mis hermanos eran considerablemente más jóvenes que yo, pero tenía un amigo entre mis compañeros de colegio que compensaba esta carencia. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra, amigo íntimo de mi padre. Era un chico de singular ta-

lento e imaginación. Cuando tenía nueve años escribió un cuento de hadas que fue la delicia y el asombro de todos sus compañeros. Su estudio favorito consistía en libros de caballerías y romances; y recuerdo que, cuando era muy joven, solíamos representar obras de teatro compuestas por él a partir de estos libros favoritos, cuyos personajes principales eran Orlando, Robin Hood, Amadís y San Jorge.

Ninguna juventud pudo haber sido más feliz que la mía. Mis padres eran indulgentes y mis compañeros amables. Nuestros estudios nunca fueron forzados y, de alguna manera, siempre teníamos un objetivo en mente que nos motivaba a perseguirlo con entusiasmo. Fue este método, y no la emulación, lo que nos impulsó a aplicarnos. A Elizabeth no se le incitaba a dedicarse al dibujo para que sus compañeros no la superaran, sino por el deseo de complacer a su tía, representando alguna escena favorita realizada por su propia mano.

Aprendimos latín e inglés para poder leer los escritos en esos idiomas; y lejos de que los castigos nos hicieran odioso el estudio, nos encantaba aplicarnos a él: lo que para nosotros era diversión, para otros niños era trabajo. Quizás no leíamos tantos libros ni aprendíamos idiomas tan rápidamente como los que son educados según los métodos habituales, pero lo que aprendíamos quedaba más profundamente grabado en nuestra memoria.

En esta descripción de nuestro círculo doméstico incluyo a Henry Clerval, ya que él estaba constante-

mente con nosotros. Iba a la escuela conmigo y, por lo general, pasaba las tardes en nuestra casa; como era hijo único y no tenía compañeros en casa, a su padre le complacía que encontrara amigos en la nuestra, y nunca éramos del todo felices cuando Clerval estaba ausente.

Me complace detenerme en los recuerdos de la infancia, antes de que la desgracia contaminara mi mente y transformara sus brillantes visiones de amplia utilidad en reflexiones sombrías y estrechas sobre mí mismo. Pero, al dibujar el cuadro de mis primeros años, no debo omitir el registro de aquellos acontecimientos que condujeron, por pasos imperceptibles, a mi posterior historia de infortunio: pues cuando quiero explicarme a mí mismo el nacimiento de esa pasión que posteriormente gobernó mi destino, la encuentro surgir, como un río de montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas; pero, al crecer en su avance, se convirtió en el torrente cuyo curso arrasó con todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha gobernado mi destino; deseo, por lo tanto, exponer en esta narración los hechos que me llevaron a mi predilección por esa ciencia. Cuando tenía trece años, todos participamos de una excursión de placer a los baños cerca de Thonon: la inclemencia del tiempo nos obligó a permanecer un día confinados en la posada. En esta casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con desgano; la teoría que intenta demostrar y los hechos maravillo-

sos que relata pronto convirtieron este sentimiento en entusiasmo. Una nueva luz pareció iluminar mi mente y, rebosante de alegría, comuniqué mi descubrimiento a mi padre. No puedo evitar señalar aquí las muchas oportunidades que tienen los instructores para dirigir la atención de sus alumnos hacia conocimientos útiles, que ellos descuidan por completo. Mi padre miró con indiferencia la portada de mi libro y dijo:

—¡Ah! ¡Cornelio Agripa! Mi querido Víctor, no pierdas el tiempo con esto; es basura triste.

Si, en lugar de este comentario, mi padre se hubiera tomado la molestia de explicarme que los principios de Agripa habían sido completamente refutados y que se había introducido un sistema científico moderno con poderes mucho mayores que el antiguo, porque los poderes de este último eran quiméricos, mientras que los del primero eran reales y prácticos; en tales circunstancias, sin duda habría dejado de lado a Agripa y con mi imaginación, ardiente como era, probablemente me habría dedicado a la teoría más racional de la química, fruto de los descubrimientos modernos. Es incluso posible que el hilo de mis ideas nunca hubiera recibido el impulso fatal que me llevó a la ruina. Pero el vistazo superficial que mi padre había echado a mi volumen no me aseguraba en absoluto que conociera su contenido, y continué leyendo con la mayor avidez.

Cuando regresé a casa, mi primera preocupación fue procurarme las obras completas de este autor y,

posteriormente, las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las extravagantes fantasías de estos escritores; me parecían tesoros que pocos conocían aparte de mí; y aunque a menudo deseaba comunicar estos secretos conocimientos a mi padre, su censura indefinida hacia mi querido Agripa siempre me lo impedía. Por lo tanto, le revelé mis descubrimientos a Elizabeth, bajo la promesa de mantener un estricto secreto; pero ella no se interesó por el tema y me dejó solo para continuar con mis estudios.

Puede parecer muy extraño que en pleno siglo XVIII surgiera un discípulo de Alberto Magno, pero la nuestra no era familia de científicos y yo no había asistido a ninguna de las conferencias impartidas en las escuelas de Ginebra. Por lo tanto, mis sueños no se vieron perturbados por la realidad, y me dediqué con la mayor diligencia a la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida. Pero este último obtuvo toda mi atención: la riqueza era un objetivo secundario, pero ¡qué gloria acompañaría al descubrimiento si yo pudiera erradicar las enfermedades del cuerpo humano y hacer al hombre invulnerable a cualquier muerte que no fuera violenta!

Estas no eran mis únicas visiones. La invocación de fantasmas o demonios era una promesa que mis autores favoritos concedían generosamente, y cuyo cumplimiento yo buscaba con gran entusiasmo; y si mis conjuros siempre fracasaban, atribuía el fracaso más a mi propia inexperiencia y errores que a la falta de destreza o confiabilidad de mis instructores.

Los fenómenos naturales que tienen lugar cada día ante nuestros ojos no escapaban a mi examen. La destilación y los maravillosos efectos del vapor, procesos de los que mis autores favoritos eran totalmente ignorantes, despertaban mi asombro; pero lo que más me sorprendía eran algunos experimentos con una bomba de aire, que vi emplear a un caballero al que solíamos visitar.

La ignorancia de los primeros filósofos sobre estos y otros muchos puntos sirvió para disminuir su crédito ante mí, pero no podía descartarlos por completo antes de que otro sistema ocupara su lugar en mi mente.

Cuando tenía unos quince años, nos habíamos retirado a nuestra casa cerca de Belrive, cuando fuimos testigos de una tormenta eléctrica muy violenta y terrible. Avanzó desde detrás de las montañas del Jura, y los truenos estallaron de inmediato con un estruendo espantoso desde diversos puntos del cielo. Mientras duró la tormenta, permanecí observando su evolución con curiosidad y deleite.

Mientras estaba de pie en la puerta, de repente vi una llamarada surgir de un viejo y hermoso roble, que se encontraba a unos veinte metros de nuestra casa; y tan pronto como la deslumbrante luz se desvaneció, el roble había desaparecido y no quedaba más que un tocón carbonizado. Cuando fuimos a verlo a la mañana siguiente, encontramos el árbol destrozado de una manera singular. No estaba astillado por el impacto, sino completamente reducido a

finas tiras de madera. Nunca había visto nada tan completamente destruido.

La catástrofe de este árbol me causó un gran asombro, y pregunté con entusiasmo a mi padre por la naturaleza y el origen de los truenos y los relámpagos. Él respondió: «La electricidad», y describió al mismo tiempo los diversos efectos de ese poder. Construyó una pequeña máquina eléctrica y realizó algunos experimentos; también hizo un barrilete, con un alambre y una cuerda, que atraía ese fluido de las nubes.

Este último golpe completó el derrocamiento de Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, que durante tanto tiempo habían reinado como señores de mi imaginación. Pero por alguna fatalidad no me sentía inclinado a comenzar el estudio de ningún sistema moderno; y esta renuencia estuvo influida por la siguiente circunstancia.

Mi padre expresó su deseo de que asistiera a un curso de conferencias sobre filosofía natural, a lo que accedí con alegría. Algún accidente me impidió asistir a estas conferencias hasta que el curso estuvo casi terminado. La exposición, siendo por lo tanto una de las últimas, me resultó totalmente incomprensible. El profesor discurrió con gran fluidez sobre el potasio y el boro, los sulfatos y los óxidos, términos a los que yo no podía asociar ninguna idea; y acabé disgustándome con la ciencia de la filosofía natural, aunque seguía leyendo con deleite a Plinio y Buffon, autores que, en mi opinión, eran casi igual de interesantes y útiles.

A esa edad, mis ocupaciones se centraban principalmente en las matemáticas y en la mayoría de las ramas de estudio relacionadas con esa ciencia. Me dedicaba con ahínco al aprendizaje de idiomas; ya conocía el latín y comencé a leer a algunos de los autores griegos más accesibles sin necesidad de diccionario. También comprendía perfectamente el inglés y el alemán. Esta es la lista de mis logros a los diecisiete años; y pueden imaginarse que dedicaba todo mi tiempo a adquirir y mantener un conocimiento de esta variada literatura.

Otra tarea recayó sobre mí cuando me convertí en el instructor de mis hermanos. Ernest era seis años menor que yo y mi principal alumno. Padeció de mala salud desde su infancia, por lo que Elizabeth y yo lo cuidamos constantemente. Era de carácter apacible, pero incapaz de una aplicación rigurosa. William, el menor de nuestra familia, era aún un bebé y el niño más hermoso del mundo; sus vivaces ojos azules, sus mejillas con hoyuelos y sus encantadores modales inspiraban el más tierno afecto.

Tal era nuestro círculo familiar, del que las preocupaciones y el dolor parecían para siempre desterrados. Mi padre dirigía nuestros estudios y mi madre participaba de nuestras alegrías. Ninguno de nosotros tenía la menor preeminencia sobre el otro; jamás se oyó entre nosotros la voz de la autoridad; pero el afecto mutuo nos impulsaba a todos a complacer y obedecer el más mínimo deseo del otro.

Capítulo II

CUANDO CUMPLÍ diecisiete años, mis padres decidieron que estudiara en la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había asistido a las escuelas de Ginebra; pero mi padre consideró necesario, para completar mi educación, que conociera otras costumbres distintas a las de mi país natal. Por lo tanto, mi partida se fijó para una fecha temprana; pero, antes de que llegara el día señalado, ocurrió la primera desgracia de mi vida, un presagio, por así decirlo, de mi futura desdicha.

Elizabeth contrajo escarlatina; pero su enfermedad no fue grave, y se recuperó rápidamente. Durante su confinamiento, se reiteraron los argumentos para persuadir a mi madre de que no la visitara. Ella al principio cedió a nuestras súplicas; pero cuando supo que su favorita se recuperaba, ya no pudo privarse de su compañía, y entró en su habitación mucho antes de que el peligro de contagio hu-

biera pasado. Las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales. Al tercer día mi madre enfermó gravemente; su fiebre era muy alta, y la mirada de sus acompañantes presagiaba lo peor. En su lecho de muerte, la fortaleza y la bondad de esta admirable mujer no la abandonaron. Unió las manos de Elizabeth y las mías, y dijo:

—Hijos míos, había depositado mis más firmes esperanzas de felicidad en la perspectiva de que ustedes dos se unieran. Esta esperanza será ahora el consuelo de su padre. Elizabeth, mi amor, debes ocupar mi lugar con tus primos menores. ¡Ay! Lamento mucho separarme de ustedes: tan feliz y querida como he sido, ¿no es difícil dejarlos a todos? Pero éstos no son pensamientos propios de mí; intentaré resignarme con serenidad a la muerte y albergaré la esperanza de que nos encontremos en el otro mundo.

Murió serenamente; y su rostro expresaba afecto incluso en la muerte. No necesito describir los sentimientos de aquellos a quienes se les rompen los lazos más queridos por ese mal irreparable, el vacío que se presenta ante el alma, y la desesperación que se refleja en el rostro. Pasa mucho tiempo antes de que la mente pueda convencerse de que ella, a quien veíamos cada día, y cuya existencia misma parecía parte de la nuestra, se haya ido para siempre; de que el brillo de una mirada amada se haya extinguido, y que el sonido de una voz tan familiar y querida se haya apagado para no volver a oírse jamás.

Estas son las reflexiones de los primeros días; pero cuando el paso del tiempo demuestra la realidad del mal, entonces comienza la verdadera amargura del dolor. Sin embargo, ¿a quién esa mano cruel no le ha arrebatado algún vínculo querido? ¿Y por qué habría de describir una pena que todos hemos sentido y que todos sentiremos?

Llega, por fin, el momento en que el dolor se convierte más en una indulgencia que en una necesidad; y la sonrisa que brota en los labios, aunque pueda considerarse un sacrilegio, no puede reprimirse. Mi madre había muerto, pero aún teníamos deberes que cumplir; debíamos seguir nuestro camino con los demás y aprender a considerarnos afortunados mientras quedase alguien a quien la saqueadora no hubiera arrebatado.

Mi viaje a Ingolstadt, que se había pospuesto por estos acontecimientos, volvió a plantearse. Obtuve de mi padre una prórroga de algunas semanas. Este período transcurrió con tristeza: la muerte de mi madre y mi repentina partida nos apenaban; pero Elizabeth se esforzó por reavivar el ánimo en nuestro pequeño grupo.

Desde la muerte de su tía, su temperamento había adquirido una nueva firmeza y vigor. Decidió cumplir sus deberes con la mayor exactitud; y sentía que el imperioso deber de hacer felices a su tío y primos recaía sobre ella. Me consoló, divirtió a su tío, instruyó a mis hermanos; y nunca la vi tan encantadora como en ese momento, cuando se esforzaba

continuamente por contribuir a la felicidad de los demás, olvidándose por completo de sí misma.

Llegó por fin el día de mi partida. Me había despedido de todos mis amigos, excepto de Clerval, quien pasó la última noche con nosotros. Lamentaba amargamente no poder acompañarme; pero su padre no se dejó convencer y se negó a separarse de él, deseoso de que se convirtiera en socio suyo en el negocio familiar, y aferrado a su teoría favorita de que el saber es algo superfluo en el comercio de la vida cotidiana. Henry tenía una mente refinada; no pretendía estar ocioso y le alegraba ser socio de su padre, pero creía que un hombre podía ser un excelente comerciante y poseer, a la vez, un entendimiento cultivado.

Nos quedamos hasta tarde, escuchando sus quejas y haciendo muchos pequeños preparativos para el futuro. A la mañana siguiente, temprano, partí. Las lágrimas brotaron de los ojos de Elizabeth; provenían en parte de la tristeza por mi partida y en parte porque recordaba que este viaje debía haber tenido lugar tres meses antes, cuando la bendición de una madre me habría acompañado.

Me dejé caer en el coche que me llevaría lejos y me entregué a las más melancólicas reflexiones. Yo, que siempre había estado rodeado de amables compañeros, constantemente dedicados a brindarnos placer mutuo, ahora me encontraba solo. En la universidad, adonde iba, debía hacer mis propios amigos y ser mi propio protector. Mi vida había sido

hasta entonces notablemente solitaria y hogareña; y esto me había generado un rechazo invencible hacia los rostros nuevos. Amaba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval —eran “caras conocidas”—, pero me creía totalmente incapaz de relacionarme con extraños.

Tales eran mis reflexiones al comenzar mi viaje; pero a medida que avanzaba, mi ánimo y mis esperanzas se recuperaron. Deseaba ardientemente adquirir conocimientos. A menudo, cuando estaba en casa, me parecía difícil pasar la juventud anclado en un solo lugar, y anhelaba salir al mundo y ocupar mi lugar entre los demás seres humanos. Ahora mis deseos se estaban cumpliendo, y habría sido una locura arrepentirme.

Tuve tiempo suficiente para éstas y muchas otras reflexiones durante mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y agotador. Por fin, la alta torre blanca de la ciudad se presentó ante mis ojos. Descendí del tren, y me acompañaron a mi habitación, donde podía pasar la tarde como quisiera.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los principales profesores, entre ellos el señor Krempe, profesor de filosofía natural. Me recibió cortésmente y me hizo varias preguntas sobre mi progreso en las diferentes ramas de la ciencia relacionadas con la filosofía natural. Mencioné, con cierto temor y temblor, los únicos autores que había leído sobre esos temas.

El profesor me miró fijamente:

—¿De verdad ha dedicado su tiempo a estudiar semejantes tonterías? —preguntó.

Respondí afirmativamente.

—Cada minuto —continuó el señor Krempe con calidez—, cada instante malgastado en esos libros está total y completamente perdido. Ha sobrecargado su memoria con sistemas fracasados y nombres inútiles. ¡Dios mío! ¿En qué desierto ha vivido, que nadie tuvo la amabilidad de informarle de que estas fantasías, que ha absorbido con tanta avidez, tienen mil años y están tan rancias como envejecidas? Poco esperaba encontrar en esta era ilustrada y científica un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Mi estimado señor, debe comenzar sus estudios desde cero.

Dicho esto, se volvió y escribió una lista de varios libros de filosofía natural que deseaba que yo consiguiera, y me despidió, tras mencionar que a partir de la semana siguiente tenía intención de comenzar un curso sobre filosofía natural en sus relaciones generales, y que el señor Waldman, un profesor colega, daría clases de química en los días alternos a sus conferencias.

Regresé a casa sin sentirme decepcionado, pues hacía tiempo que consideraba inútiles a esos autores que el profesor había reprobado con tanta vehemencia; pero no me sentía muy inclinado a estudiar los libros que conseguí por recomendación suya. El señor Krempe era un hombre pequeño y rechoncho, de voz ronca y semblante repulsivo; por lo tanto, el profesor no me predisponía a favor de su doctrina. Además, despreciaba los usos de la filosofía natural moderna.

Era muy distinto cuando los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; tales aspiraciones, aunque fútiles, eran grandiosas; pero ahora el panorama era diferente. La ambición del investigador parecía limitarse a la aniquilación de aquellas visiones en las que se basaba principalmente mi interés por la ciencia. Se me exigía cambiar quimeras de grandeza ilimitada por realidades de escaso valor.

Tales fueron mis reflexiones durante los dos o tres primeros días, que pasé casi en soledad. Pero al comenzar la semana siguiente, pensé en la información que el señor Krempe me había dado sobre las clases. Y aunque me resultaba inaceptable ir a escuchar a ese pequeño engreído disertar desde un púlpito, recordé lo que había dicho del señor Waldman, a quien nunca había visto, ya que hasta entonces había estado fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad, y en parte por ocio, entré en el aula, a la que el señor Waldman llegó poco después. Este profesor era muy distinto de su colega. Aparentaba unos cincuenta años, pero con un semblante que expresaba la mayor benevolencia; unas pocas canas le cubrían las sienes, pero los pelos de la nuca eran casi negros. Era de baja estatura, pero notablemente erguido; y su voz, la más dulce que jamás había escuchado.

Comenzó su clase recapitulando la historia de la química y los diversos avances realizados por diferentes eruditos, pronunciando con fervor los nom-

bres de los más distinguidos descubridores. Luego hizo un repaso superficial del estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Tras realizar algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico a la química moderna, cuyos términos jamás olvidaré:

—Los antiguos maestros de esta ciencia —dijo—, prometieron imposibilidades y no hicieron nada. Los maestros modernos prometen muy poco; saben que los metales no se pueden transmutar y que el elixir de la vida es una quimera. Pero estos filósofos, cuyas manos parecen hechas sólo para jugar con la tierra y sus ojos para escudriñar el microscopio o el crisol, sí que han obrado milagros. Penetran en los recónditos de la naturaleza y muestran cómo funciona en sus escondites. Ascienden a los cielos; han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados; pueden controlar los truenos del cielo, imitar el terremoto e incluso burlarse del mundo invisible con sus propias sombras.

Me marché muy complacido con el profesor y su exposición, y le hice una visita esa misma noche. Sus modales en privado resultaron aún más amables y atractivos que en público; pues durante la clase hubo en su porte cierta altivez, que en su casa se transformó en la mayor afabilidad y bondad. Escuchó con atención mi breve relato sobre mis estudios, y sonrió al oír los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso, pero sin el desprecio que el señor Krempe había mostrado.

—Estos fueron hombres —dijo— a cuyo infatigable celo los filósofos modernos deben la mayor parte de los fundamentos de su conocimiento. Nos dejaron, como tarea más fácil, el de dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones coherentes los hechos que ellos, en gran medida, contribuyeron a descubrir. Las labores de los hombres de genio, por muy mal dirigidas que estén, casi nunca dejan de redundar en beneficio de la humanidad.

Escuché su declaración, que pronunció sin ninguna presunción ni afectación; le comenté que su clase había eliminado mis prejuicios contra los químicos modernos; y al mismo tiempo, le pedí consejo sobre los libros que debería adquirir.

—Me alegra haber ganado un discípulo —dijo el señor Waldman—, y si su aplicación está a la altura de su capacidad, no tengo la menor duda sobre su éxito. La química es la rama de la filosofía natural en la que se han realizado y se pueden realizar los mayores avances; es por eso que la he convertido en mi especialidad; pero al mismo tiempo no he descuidado las demás ramas de la ciencia. Un hombre sería un químico muy mediocre si se dedicara únicamente a esa rama del conocimiento humano. Si su deseo es convertirse en un verdadero hombre de ciencia, y no sólo en un experimentador aficionado, le aconsejo que se dedique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

Me condujo entonces a su laboratorio y me explicó el uso de sus diversas máquinas; me instruyó so-

bre lo que debía adquirir y me prometió el uso de las suyas cuando hubiera avanzado lo suficiente en la ciencia como para no dañar su mecanismo. También me dio la lista de libros que le había pedido. Y me despedí.

Así terminó un día memorable para mí: marcó mi destino.

Capítulo III

DESDE ESE DÍA, la filosofía natural, y en particular la química, en el sentido más amplio del término, se convirtieron casi en mi única ocupación. Leí con ardor esas obras, tan llenas de genio y discernimiento, que los investigadores modernos han escrito sobre estos temas. Asistí a las clases y cultivé la amistad con los científicos de la universidad; e incluso en el señor Krempe encontré mucho sentido común y conocimiento real, combinado, es cierto, con una fisonomía y modales repulsivos, pero no por ello menos valiosos.

En el señor Waldman encontré un verdadero amigo. Su gentileza nunca se vio empañada por el dogmatismo; y sus enseñanzas se impartían con una franqueza y una bondad que desterraban cualquier atisbo de pedantería. Fue, quizá, el carácter afable de este hombre lo que me inclinó más hacia esa rama de la filosofía natural que él profesaba, que un amor intrínseco por la ciencia en sí misma.

Pero este estado mental solo tuvo cabida en los primeros pasos hacia el conocimiento: cuanto más me adentraba en la ciencia, más la cultivaba por sí misma. Aquella dedicación, que al principio había sido una cuestión de deber y resolución, se volvió ahora tan ardiente y ansiosa que, a menudo, las estrellas desaparecían con la luz del amanecer mientras yo seguía trabajando en mi laboratorio.

Como me esforcé tanto, es fácil imaginar que mejoré rápidamente. Mi ardor asombraba a los estudiantes; y mi competencia, a los maestros. El profesor Krempe me preguntaba a menudo, con una sonrisa pícara, cómo le iba a Cornelio Agripa, mientras que el señor Waldman expresaba su más sincera satisfacción por mi progreso.

Dos años transcurrieron así, durante los cuales no visité Ginebra, sino que me dediqué en cuerpo y alma a la búsqueda de algunos descubrimientos que esperaba realizar. Solo quienes los han experimentado pueden comprender los atractivos de la ciencia. En otros estudios uno llega hasta donde otros han llegado antes, y no hay nada más que saber; pero en la investigación científica hay alimento constante para el descubrimiento y la maravilla.

Una mente de capacidad moderada, que se dedica con ahínco a un estudio, inevitablemente alcanzará una gran maestría en ese estudio; y yo, que buscaba continuamente la consecución de un objetivo de investigación, y estaba completamente absorto en él, progresé tan rápidamente que, al cabo de dos

años, hice algunos descubrimientos en la mejora de algunos instrumentos químicos, lo que me granjeó gran estima y admiración en la universidad.

Cuando llegué a este punto, y me familiaricé con la teoría y la práctica de la filosofía natural tanto como lo permitían las lecciones de cualquiera de los profesores de Ingolstadt, entendí que mi residencia allí ya no era propicia para mi progreso y pensé en regresar a mis amigos y mi ciudad natal, pero entonces ocurrió un incidente que prolongó mi estancia.

Uno de los fenómenos que particularmente atrajo mi atención fue la estructura del cuerpo humano y, de hecho, de cualquier animal dotado de vida. A menudo me preguntaba de dónde procedía el principio de la vida. Era una pregunta audaz, una que siempre se ha considerado un misterio; sin embargo, cuántas cosas estaríamos a punto de descubrir si la cobardía o la negligencia no frenaran nuestras indagaciones. Reflexioné sobre estas circunstancias y decidí, desde entonces, dedicarme con mayor ahínco a aquellas ramas de la filosofía natural que se relacionan con la fisiología.

De no haber estado impulsado por un entusiasmo casi sobrenatural, mi dedicación a este estudio habría sido tediosa y casi intolerable. Para examinar las causas de la vida, primero debemos recurrir a la muerte. Me familiaricé con la ciencia de la anatomía; pero esto no era suficiente; también debía observar la decadencia y la corrupción naturales del cuerpo humano. En mi educación, mi padre había

tomado las mayores precauciones para que mi mente no se viera influenciada por horrores sobrenaturales. No recuerdo haber temblado jamás ante un relato de superstición, ni haber temido la aparición de un espíritu. La oscuridad no causaba efecto alguno en mi imaginación; y un cementerio era para mí simplemente el receptáculo de cuerpos privados de vida, que, de ser sede de belleza y fuerza, se habían convertido en alimento para el gusano.

Ahora me encontraba impulsado a examinar la causa y el avance de esta decadencia, y obligado a pasar días y noches en criptas y osarios. Mi atención se centró en todo aquello más insoportable para la delicadeza de los sentimientos humanos. Vi cómo la hermosa forma del hombre se degradaba y consumía; contemplé cómo la corrupción de la muerte se apoderaba de la floreciente piel de la vida; vi cómo el gusano horadaba las maravillas del ojo y del cerebro.

Me detuve, examinando y analizando todas las minucias de la causalidad, ejemplificadas en el cambio de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, hasta que, en medio de esta oscuridad, una luz repentina irrumpió sobre mí: una luz tan brillante y maravillosa, y a la vez tan simple, que mientras me mareaba ante la inmensidad del panorama que ilustraba, me sorprendió que entre tantos hombres de genio que habían dirigido sus investigaciones hacia la misma ciencia, yo fuera el único reservado para descubrir un secreto tan asombroso.

Recuerden, no estoy documentando la visión de un loco. El sol no brilla en los cielos con mayor certe-

za que la que ahora afirmo como verdad. Algún milagro pudo haberlo producido, pero las etapas del descubrimiento fueron claras y probables. Tras días y noches de increíble trabajo y fatiga, logré descubrir la causa de la generación y la vida; es más, llegué a ser capaz de infundir vida a la materia inerte.

El asombro que al principio sentí ante este descubrimiento pronto dio paso al deleite y al éxtasis. Después de tanto tiempo dedicado a un trabajo arduo, llegar de repente a la cima de mis deseos fue la culminación más gratificante de mis esfuerzos. Pero este descubrimiento fue tan grande e imponente, que todos los pasos que me habían conducido progresivamente a él se desvanecieron, y solo contemplé el resultado. Lo que había sido el estudio y el anhelo de los hombres más sabios desde la creación del mundo, estaba ahora a mi alcance.

No es que, como por arte de magia, todo se abriera ante mí de repente: la información que había obtenido era más de naturaleza orientativa, más para dirigir mis esfuerzos tan pronto como los apuntara hacia el objeto de mi búsqueda, que para mostrar ese objeto ya alcanzado. Yo era como el árabe que había sido enterrado con los muertos y encontró un pasaje a la vida iluminado únicamente por una luz tenue y aparentemente ineficaz.

Veo por tu impaciencia, y por el asombro y la esperanza que expresan tus ojos, amigo mío, que esperas que te revele el secreto que conozco; eso no puede ser: escucha con paciencia hasta el final de mi re-

lato, y comprenderás fácilmente por qué me mantengo reservado sobre ese tema. No te llevaré, desprevenido y ferviente como lo estaba entonces, a tu destrucción y a tu inevitable desgracia. Aprende de mí, si no por mis preceptos, al menos por mi ejemplo, cuán peligroso es adquirir conocimiento, y cuánto más feliz es aquél que cree que su ciudad natal es el mundo, que aquél que aspira a ser más grande de lo que su naturaleza le permite.

Cuando descubrí un poder tan asombroso entre mis manos, dudé mucho tiempo sobre cómo emplearlo. Aunque poseía la capacidad de infundir vida, preparar un cuerpo para recibirla, con todas sus complejidades de fibras, músculos y venas, seguía siendo una tarea de dificultad y esfuerzo inconcebibles.

Al principio dudé si debía intentar crear un ser como mí mismo o uno de organización más simple; pero mi imaginación estaba demasiado exaltada por mi primer éxito como para permitirme dudar de mi capacidad para dar vida a un animal tan complejo y maravilloso como el hombre. Los materiales de los que disponía en ese momento apenas parecían suficientes para una empresa tan ardua; pero no dudaba de que al final lo lograría.

Me preparé para multitud de contratiempos; mis operaciones podrían verse constantemente frustradas, y al final mi obra podría resultar imperfecta: sin embargo, al considerar los avances que se producen a diario en la ciencia y la mecánica, me sentí animado a esperar que mis intentos actuales senta-

ran al menos las bases del éxito futuro. Tampoco podía considerar la magnitud y la complejidad de mi plan como un argumento de su inviabilidad.

Con estos sentimientos comencé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes suponía un gran obstáculo para mi rapidez, decidí, en contra de mi primera intención, hacer del ser una figura gigantesca; es decir, de unos dos metros y medio de altura, y proporcionalmente grande. Tras tomar esta decisión, y después de pasar algunos meses reuniendo y organizando con éxito mis materiales, comencé.

Nadie puede concebir la variedad de sentimientos que me impulsaron, como un huracán, en el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte me parecían límites ideales que debía traspasar para derramar un torrente de luz en nuestro oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como su creador y origen; muchas naturalezas felices y excelentes me deberían su existencia. Ningún padre podría reclamar la gratitud de su hijo tan completamente como yo merecía la suya.

Siguiendo estas reflexiones, pensé que si demostraba ser capaz de infundir vida a la materia inerte, podría con el tiempo (aunque ahora me parecía imposible) renovar la vida donde la muerte aparentemente había condenado el cuerpo a la corrupción.

Estos pensamientos me infundieron ánimo mientras perseveraba en mi empresa con ardor incansable. Mis mejillas palidecían por el estudio, y mi

cuerpo se consumía por el encierro. A veces, al borde mismo de la certeza, fracasaba; aun así, me aferraba a la esperanza de que el día siguiente o la hora siguiente pudieran materializarse. Un secreto que solo yo poseía era la esperanza a la que me había consagrado; y la luna contemplaba mis labores nocturnas, mientras, con implacable y ansiosa urgencia, perseguía a la naturaleza hasta sus escondites.

¿Quién podrá concebir los horrores de mi trabajo secreto, mientras hurgaba entre la humedad profana de la tumba, o torturaba al animal vivo para animar la arcilla inerte? Ahora me tiemblan las extremidades, y se me nublan los ojos con el recuerdo; pero entonces un impulso irresistible, casi frenético, me lanzó hacia adelante; parecía haber perdido toda alma o sensibilidad, salvo por esta única búsqueda.

No fue, de hecho, más que un trance pasajero, que solo me hizo sentir con renovada agudeza tan pronto como, al cesar el estímulo antinatural, volví a mis viejas costumbres. Recogía huesos de osarios; y perturbaba, con dedos profanos, los tremendos secretos del cuerpo humano.

En una habitación solitaria, o más bien celda, en el último piso de la casa, separada de todas las demás habitaciones por una galería y una escalera, mantenía mi taller de creación inmunda; mis ojos se salían de sus órbitas al atender a los detalles de mi trabajo. La sala de disección y el matadero me proporcionaban muchos de mis materiales; y a menudo mi naturaleza humana se apartaba con aversión de

mi ocupación, mientras que, impulsado aún más por un afán que crecía continuamente, acercaba mi trabajo a su conclusión.

Los meses de verano transcurrieron mientras yo estaba absorto, en cuerpo y alma, en una sola actividad. Era una estación bellísima; jamás los campos habían brindado una cosecha más abundante, ni las viñas una vendimia más espléndida: pero mis ojos eran insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me hicieron descuidar lo que me rodeaba me llevaron también a olvidar a aquellos amigos que estaban a tantos kilómetros de distancia, y a quienes no había visto en tanto tiempo. Sabía que mi silencio los inquietaría, y recordaba bien las palabras de mi padre: «Sé que mientras estés satisfecho contigo mismo, pensarás en nosotros con cariño y sabremos de ti con regularidad. Debes perdonarme si considero cualquier interrupción en tu correspondencia como prueba de que tus demás deberes están igualmente descuidados.»

Sabía bien, por lo tanto, cómo se sentiría mi padre; pero no podía apartar mis pensamientos de mi trabajo, detestable en sí mismo, pero que se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación. Deseaba, por así decirlo, procrastinar todo lo relacionado con mis afectos hasta que el gran objetivo, que absorbía cada hábito de mi naturaleza, se viera culminado.

Entonces pensé que mi padre sería injusto si atribuyera mi negligencia a un vicio o a una falta

mía; pero ahora estoy convencido de que tenía razón al pensar que no estaría del todo libre de culpa. Un ser humano en su plenitud debe conservar siempre una mente tranquila y pacífica, y jamás permitir que la pasión o un deseo pasajero perturben su tranquilidad.

No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a esta regla. Si el estudio al que te dedicas tiende a debilitar tus afectos y a destruir tu gusto por esos placeres sencillos en los que no cabe mezcla alguna, entonces ese estudio es ciertamente ilícito, es decir, impropio de la mente humana. Si esta regla se observara siempre; si nadie permitiera que ninguna actividad interfiriera con la tranquilidad de sus afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada; César habría perdonado a su país; América se habría descubierto más gradualmente; y los imperios de México y Perú no habrían sido destruidos.

Pero olvido que estoy dando lecciones de moral en la parte más interesante de mi relato; y tu mirada me recuerda que debo continuar. Mi padre no me reprochó nada en sus cartas; sólo tomó nota de mi silencio al preguntar por mis ocupaciones con más detalle que antes.

El invierno, la primavera y el verano acompañaron el curso de mi trabajo; pero no observé la floración ni el brotar de las hojas, espectáculos que antes siempre me habían brindado un deleite supremo, tan absorto estaba en mi labor. Las hojas de aquel

año se marchitaron antes de que mi trabajo estuviera a punto de terminar; y ahora cada día me mostraba con mayor claridad lo bien que lo había hecho.

Pero mi entusiasmo se vio frenado por la ansiedad, y parecía más bien alguien condenado por la esclavitud a trabajar en las minas, o en cualquier otro oficio insalubre, que un artista dedicado a su trabajo favorito. Cada noche me aquejaba una fiebre lenta, y me ponía nervioso hasta un grado insoportable; una enfermedad que lamentaba aún más porque hasta entonces había gozado de una salud excelente y siempre me había jactado de la fortaleza de mis nervios. Pero yo creía que el ejercicio y la diversión pronto alejarían esos síntomas; y me prometí ambas cosas cuando mi creación estuviera completa.

Capítulo IV

FUE EN UNA lúgubre noche de noviembre cuando contemplé el fruto de mis esfuerzos. Con una angustia que casi rayaba en la agonía, reuní los instrumentos de la vida a mi alrededor para infundir una chispa de existencia en el ser inerte que yacía a mis pies. Era ya la una de la madrugada; la lluvia repiqueteaba tristemente contra los cristales, y mi vela estaba casi consumida, cuando, al resplandor de la luz casi extinta, vi el ojo amarillo y apagado de la criatura abrirse; respiraba con dificultad, y un movimiento convulsivo agitaba sus miembros.

¿Cómo describir mis emociones ante esta catástrofe, o cómo plasmar al desdichado que con tanto esmero y cuidado me había esforzado en crear? Sus miembros eran proporcionados, y yo había elegido sus rasgos por su belleza. ¡Belleza! ¡Dios mío! Su piel amarillenta apenas cubría la intrincada red de músculos y arterias que se extendía debajo; su cabello era de un negro lustroso, y abundante; sus dien-

tes, de una blancura nacarada; pero estas bellezas solo acentuaban el horrendo contraste con sus ojos llorosos, que parecían casi del mismo color que las cuencas blanquecinas en las que se alojaban, su tez arrugada y sus labios negros y rectos.

Los distintos accidentes de la vida no son tan cambiantes como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado arduamente, durante casi dos años, con el único propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Para ello, me había privado de descanso y salud. Lo había deseado con un ardor que excedía con creces la moderación; pero ahora que había terminado, la belleza del sueño se desvaneció, y un horror y un asco insoportables llenaron mi corazón.

Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí corriendo de la habitación y pasé largo rato recorriendo mi alcoba, incapaz de calmar mi mente para dormir. Finalmente, la lasitud sucedió al tumulto que había soportado antes; y me arrojé sobre la cama vestido, intentando encontrar unos instantes de olvido. Pero fue en vano: dormí, sí, pero me perturbaron los sueños más extraños. Creí ver a Elizabeth, rebotante de salud, caminando por las calles de Ingolstadt. Encantado y sorprendido, la abracé; pero al imprimir el primer beso en sus labios, estos se tornaron lívidos, del color de la muerte; sus facciones parecieron cambiar, y creí sostener en mis brazos el cadáver de mi madre muerta; un sudario la envolvía, y vi gusanos de tumba reptando entre los pliegues de la franela.

Desperté sobresaltado, horrorizado; un frío rocío me cubría la frente, me castañeteaban los dientes y cada miembro de mi cuerpo se convulsionaba; cuando, a la tenue y amarillenta luz de la luna que se abría paso a través de las contraventanas, contemplé al desdichado, al miserable monstruo que yo había creado, él levantó la cortina de la cama y sus ojos, si es que podían llamarse ojos, se clavaron en mí. Abrió las fauces y murmuró sonidos inarticulados, mientras una mueca arrugaba sus mejillas. Quizás habló, pero no lo oí. Una mano se extendió, como para detenerme, pero escapé y bajé corriendo las escaleras. Me refugié en el patio de la casa que habitaba; allí permanecí el resto de la noche, caminando de un lado a otro con gran agitación, escuchando atentamente, captando y temiendo cada sonido como si anunciara la llegada del cadáver demoníaco al que tan miserablemente había dado vida.

¡Oh! Ningún mortal podría soportar el horror de aquel rostro. Una momia reanimada no podría ser tan espantosa como aquella criatura. La había contemplado antes de terminarla; ya era fea entonces, pero cuando aquellos músculos y articulaciones cobraron vida, se convirtió en algo que ni siquiera Dante habría podido imaginar.

Pasé la noche miserablemente. A veces mi pulso latía tan rápido y tan fuerte, que sentía la palpitación de cada arteria; otras, casi me desplomaba al suelo por la languidez y la extrema debilidad. Mezclado con este horror, sentía la amargura de la decepción: los sueños que habían sido mi alimento y

mi placentero descanso durante tanto tiempo, ahora se habían convertido en un infierno; ¡y el cambio fue tan rápido, la destrucción tan completa!

Amaneció, gris y lluvioso, y mis ojos, aún cansados y doloridos, descubrieron la iglesia de Ingolstadt, con su campanario blanco y su reloj que marcaba las seis. El portero abrió las puertas del patio que aquella noche me había servido de refugio, y salí a las calles, caminando a paso ligero, como si intentara evitar al desdichado que temía encontrar en cada esquina. No me atreví a regresar a mi habitación, sino que me sentí impulsado a seguir adelante, aunque empapado por la lluvia que caía de un cielo negro y desolador.

Continué caminando así durante un rato, intentando, con el ejercicio, aliviar la carga que pesaba sobre mi mente. Recorrí las calles sin tener ni idea de dónde estaba ni de qué hacía. El corazón me palpitaba presa del miedo; y seguí caminando a paso ligero, sin atreverme a mirar a mi alrededor:

*Como quien, en un camino solitario,
Camina con miedo y pavor,
Y, tras volverse una vez, sigue adelante,
Y no vuelve más la cabeza;
Porque sabe que un demonio espantoso
Le pisa los talones.*

Continuando así, llegué finalmente frente a la posada donde solían parar las diversas diligencias y carruajes. Allí me detuve, no sé por qué; pero permanecí unos minutos con la vista fija en un carruaje

que venía hacia mí desde el otro extremo de la calle. A medida que se acercaba, observé que era la diligencia suiza: se detuvo justo donde yo estaba; y, al abrirse la puerta, vi a Henry Clerval, quien, al verme, saltó inmediatamente.

—¡Mi querido Frankenstein! —exclamó—, ¡qué alegría me da verte! ¡Qué afortunado encontrarte aquí justo en el momento de mi llegada!

Nada se compara con la alegría que sentí al ver a Clerval; su presencia me trajo a la mente a mi padre, a Elizabeth y todas esas escenas de mi hogar tan queridas en mi memoria. Le estreché la mano y, en un instante, olvidé mi horror y mi desgracia; sentí de repente, y por primera vez en muchos meses, una alegría serena y tranquila. Por lo tanto, recibí a mi amigo con la mayor cordialidad y caminamos hacia mi universidad. Clerval siguió hablando durante un rato sobre nuestras relaciones comunes y sobre su propia buena fortuna al haber podido venir a Ingolstadt.

—No te costará imaginar —dijo— lo difícil que fue convencer a mi padre de que no era absolutamente necesario que un comerciante desconociera todo salvo la contabilidad; y, de hecho, creo que mantuvo su escepticismo hasta el final, pues su respuesta constante a mis incansables súplicas era la misma que la del maestro holandés en *El vicario de Wakefield*: «Gano diez mil florines al año sin griego, como con apetito sin griego». Pero su afecto por mí, al fin, venció su aversión al aprendizaje, y me ha

permitido emprender un viaje de descubrimiento a la tierra del conocimiento.

—Me alegra muchísimo verte; pero dime cómo te despediste de mi padre, mis hermanos y Elizabeth.

—Muy bien, y muy felices, sólo un poco preocupados porque saben de ti tan poco. Por cierto, yo mismo pienso darte una pequeña charla sobre ellos... Pero, mi querido Frankenstein —continuó, deteniéndose y mirándome fijamente a la cara—, no había reparado en lo mal que te ves; tan delgado y pálido; parece como si hubieras estado en vela varias noches.

—Has acertado; últimamente he estado tan absorto en una tarea que no me he permitido descansar lo suficiente, como ves; pero espero, sinceramente espero, que todas estas ocupaciones hayan terminado ya y que por fin sea libre.

Temblaba excesivamente; no podía ni pensar, y mucho menos aludir a lo sucedido la noche anterior. Caminé a paso ligero y pronto llegamos a mi universidad. Entonces se me ocurrió, y el pensamiento me hizo estremecer, que la criatura que había dejado en mi habitación aún pudiera estar allí, viva y merodeando. Temía ver a ese monstruo; pero temía aún más que Henry lo viera.

Suplicándole, pues, que se quedara unos minutos al pie de la escalera, subí corriendo hacia mi cuarto. Mi mano ya estaba en el cerrojo antes de que pudiese recobrar el sentido. Entonces me detuve; y un frío temblor me recorrió. Abrí la puerta de golpe, como suelen hacer los niños cuando temen que un espec-

tro los espere al otro lado; pero no apareció nada. Entré con temor: la habitación estaba vacía; y mi dormitorio también se había librado de su horrible huésped. Apenas podía creer en semejante fortuna; pero cuando me convencí de que mi enemigo verdaderamente había huido, aplaudí de alegría y corrí hacia Clerval.

Subimos a mi habitación y el criado enseguida trajo el desayuno; pero no pude contenerme. No era solo alegría lo que me embargaba; sentía un hormigueo en la piel, una sensibilidad desbordante, y el pulso se me aceleraba. No podía quedarme quieto ni un instante; saltaba sobre las sillas, aplaudía y reía a carcajadas. Al principio, Clerval atribuyó mi estado de ánimo inusual a la alegría por su llegada; pero al observarme con más atención, vio una ferocidad en mis ojos que no supo explicar; y mi risa fuerte, desenfrenada y sin corazón lo asustó y lo dejó perplejo.

—Mi querido Víctor —exclamó—, ¿qué te ocurre, por Dios? No te rías así. ¡Qué mal estás! ¿A qué se debe todo esto?

—No me preguntes —grité, tapándome los ojos con las manos, pues creí ver al temido espectro deslizarse hacia la habitación—; él puede contártelo todo. ¡Oh, sálvame! ¡Sálvame!

Imaginé que el monstruo me apresaba; forcejeé con furia y caí al suelo convulsionando.

¡Pobre Clerval! ¿Qué habrá sentido? Un encuentro que anticipaba con tanta alegría, convertido tan

extrañamente en amargura. Pero yo no fui testigo de su dolor; pues quedé inconsciente y tardé mucho, mucho tiempo en recobrar el sentido.

Este fue el comienzo de una fiebre nerviosa que me mantuvo postrado en cama durante varios meses. Durante todo ese tiempo, Henry fue mi único enfermero. Después supe que, sabiendo la avanzada edad de mi padre y su incapacidad para un viaje tan largo, y lo mal que mi enfermedad haría sufrir a Elizabeth, les evitó ese dolor ocultando la gravedad de mi enfermedad. Sabía que no podría tener un enfermero más amable y atento que él mismo; y, firme en la esperanza de mi recuperación, en lugar lastimarlos, realizó sin dudar la acción más bondadosa que pudo para con ellos.

Pero en realidad estaba muy enfermo; y seguramente sólo las atenciones ilimitadas e incesantes de mi amigo podrían devolverme la vida. La imagen del monstruo al que yo había dado existencia estaba siempre ante mis ojos, y deliraba sin cesar sobre él. Sin duda, mis palabras sorprendieron a Henry: al principio las creyó fruto de mi imaginación perturbada; pero la pertinacia con la que volvía continuamente sobre el mismo tema lo convenció de que mi trastorno, en efecto, debía su origen a algún suceso inusual y terrible.

Poco a poco, y con frecuentes recaídas que alarmaban y afligían a mi amigo, me recuperé. Recuerdo la primera vez que fui capaz de observar los objetos del exterior con algún tipo de placer; percibí que

las hojas caídas habían desaparecido y que los brotes jóvenes asomaban de los árboles que daban sombra a mi ventana. Era una primavera divina, y la estación contribuyó enormemente a mi convalecencia. Sentí también que revivían en mi interior sentimientos de alegría y afecto; mi tristeza desapareció y, en poco tiempo, volví a estar tan alegre como antes de ser atacado por la pasión fatal.

—Queridísimo Clerval —exclamé—, ¡qué amable, qué bueno eres conmigo! Todo este invierno, en vez de dedicarlo al estudio, como prometiste, lo has consumido en mi habitación de enfermo. ¿Cómo podré jamás agradecértelo? Siento un profundo remordimiento por la decepción que te he causado; pero me perdonarás.

—Me lo agradecerás con creces si no te desequilibras y te recuperas lo antes posible; y ya que pareces tan animado, ¿puedo hablarte de un tema?

Temblé. ¡Un solo tema! ¿De qué podría tratarse? ¿Acaso se refería a algo en lo que ni siquiera me atrevía a pensar?

—Tranquilízate —dijo Clerval, al notar mi palidez—. No lo mencionaré si te inquieta; pero tu padre y tu primo estarían muy contentos de recibir una carta tuya escrita de tu puño y letra. Apenas saben lo enfermo que has estado y les preocupa tu largo silencio.

—¿Eso es todo? Mi querido Henry. ¿Cómo pudiste suponer que mi primer pensamiento no se dirigi-

ría a esos queridos amigos a quienes amo y que tanto merecen mi cariño?

—Si este es tu estado de ánimo, amigo mío, quizá te alegre ver una carta que lleva aquí algunos días: es de tu prima, creo.

Capítulo V

A V. FRANKENSTEIN

Mi querido primo:

No puedo describirte la inquietud que todos hemos sentido por tu salud. No podemos evitar pensar que tu amigo Clerval oculta la gravedad de tu enfermedad, pues hace ya varios meses que no vemos tu letra; y durante todo este tiempo te has visto obligado a dictar tus cartas a Henry. Sin duda, Víctor, has estado sumamente enfermo; y esto nos aflige profundamente, tanto como tras la muerte de tu querida madre.

Mi tío estaba casi convencido de que te encontrabas gravemente enfermo, y apenas pudo evitar el viaje a Ingolstadt. Clerval siempre escribe que estás mejorando; espero con ansias que pronto confirmes esta noticia de tu puño y letra; pues, en verdad, Víctor,

todos estamos muy desdichados por esto. Líbranos de este temor, y seremos las personas más felices del mundo.

La salud de tu padre es ahora tan vigorosa que parece diez años más joven que el invierno pasado. Ernest también ha mejorado tanto que casi no lo reconocerías: ahora tiene casi dieciséis años y ha perdido ese aspecto enfermizo que tenía hace algunos años; se ha vuelto bastante robusto y activo.

Anoche mi tío y yo conversamos largo rato sobre qué profesión debería seguir Ernest. Su condición enfermiza le privó de joven de los hábitos del estudio; y ahora que goza de buena salud, está constantemente al aire libre, subiendo a las colinas o remando en el lago. Por lo tanto, le propuse que fuera agricultor; lo cual, como sabes, primo, es uno de mis planes favoritos. La vida del agricultor es muy sana y feliz; y la menos perjudicial, o mejor dicho, la más beneficiosa de todas las profesiones.

Mi tío tenía la idea de que estudiara derecho, para que, gracias a su intervención, pudiera llegar a ser juez. Pero, además de que no tiene ninguna aptitud para tal ocupación, sin duda es más digno cultivar la tierra para el sustento del hombre, que ser el confidente, y a veces el cómplice, de sus vicios; que eso es la profesión de abogado. Dije que las ocupaciones de un agricultor próspero, si no fueran más honorables, al menos eran una clase de ocupación más feliz que la de juez, cuya desgracia era siempre lidiar con el lado oscuro de la naturaleza humana. Mi

tío sonrió y dijo que yo también debería ser abogado, lo cual puso fin a la conversación sobre el tema.

Y ahora debo contarte un pequeño asunto que te agradará, y tal vez te divierta. ¿Recuerdas a Justine Moritz? Probablemente no; te relataré su historia, entonces, en pocas palabras. Madame Moritz, su madre, era viuda y tenía cuatro hijos, de los cuales Justine era la tercera. Esta niña siempre había sido la favorita de su padre; pero, por una extraña perversidad, su madre no la soportaba y, tras la muerte del señor Moritz, la trató muy mal. Mi tía se dio cuenta de esto; y, cuando Justine tenía doce años, convenció a su madre para que le permitiera vivir en su casa.

Las instituciones republicanas de nuestro país han dado lugar a costumbres más sencillas y felices que las que prevalecen en las grandes monarquías que lo rodean. Por lo tanto, hay menos distinción entre las distintas clases de sus habitantes; y las clases bajas, al no ser ni tan pobres ni tan despreciadas, sus costumbres son más refinadas y morales. Un sirviente en Ginebra no significa lo mismo que un sirviente en Francia e Inglaterra. Justine, así acogida en nuestra familia, aprendió los deberes de una sirvienta; una condición que, en nuestro afortunado país, no incluye la idea de ignorancia ni el sacrificio de la dignidad de un ser humano.

Después de lo relatado, supongo que habrás reconocido bien a la heroína de mi cuento: Justine era una de tus favoritas; y recuerdo que una vez comentaste que, si estabas de mal humor, una mirada de

Justine podía disiparlo, por la misma razón que Ariosto da sobre la belleza de Angélica: parecía tan franca y feliz.

Mi tía le tomó un gran cariño, lo que la impulsó a darle una educación superior a la que había previsto en un principio. Este favor fue plenamente recompensado; Justine era la criatura más agradecida del mundo: no quiero decir que hiciera ninguna profesión, nunca la oí decir ninguna; pero se podía ver en sus ojos que casi adoraba a su protectora. Aunque su carácter era alegre y, en muchos aspectos, despreocupado, prestaba la mayor atención a cada gesto de mi tía. La consideraba el modelo de toda excelencia, y se esforzaba por imitar su forma de hablar y sus modales, de modo que aún hoy me la recuerda con frecuencia.

Cuando falleció mi queridísima tía, todos estaban demasiado absortos en su propio dolor como para fijarse en la pobre Justine, que la había atendido durante su enfermedad con el más atento cariño. La pobre Justine estaba muy afectada; pero otras pruebas le aguardaban.

Uno a uno, sus hermanos y hermana murieron; y la madre, con la excepción de su hija desatendida, quedó sin hijos. La conciencia de la mujer estaba turbada; empezó a pensar que la muerte de sus favoritos era un castigo divino para reprender su parcialidad. Era católica; y creo que su confesor le confirmó la idea que había concebido. Así pues, unos meses después de tu partida a Ingolstadt, Justine fue

llamada a casa por su madre arrepentida. ¡Pobre muchacha! Lloró al abandonarnos: había cambiado mucho desde la muerte de mi tía; el dolor había suavizado y suavizado sus modales, antes caracterizados por su vivacidad.

Su estancia en casa de su madre tampoco le devolvió la alegría. La pobre mujer vacilaba mucho en su arrepentimiento. A veces le rogaba a Justine que perdonara su crueldad, pero con mucha más frecuencia la acusaba de haber causado la muerte de sus hermanos. La constante preocupación acabó por sumir a Madame Moritz en una profunda decadencia, que al principio aumentó su irritabilidad, pero ahora descansa en paz para siempre. Murió con la llegada del frío, al comienzo del invierno pasado.

Justine ha regresado con nosotros; y les aseguro que la quiero muchísimo. Es muy inteligente y amable, y extremadamente guapa; como ya les comenté, su porte y sus expresiones me recuerdan constantemente a mi querida tía.

Debo decirte también unas palabras, mi querido primo, sobre el pequeño William. Ojalá pudieras verlo: es muy alto para su edad, con unos dulces y risueños ojos azules, pestañas oscuras y cabello enrulado. Cuando sonríe, se le forman dos hoyuelos en cada mejilla, sonrosados por la salud. Ya ha tenido una o dos pequeñas esposas, pero Louisa Biron es su favorita, una linda niña de cinco años.

Ahora, querido Víctor, supongo que deseas escuchar algunos chismes sobre la buena gente de Gine-

bra. La bella señorita Mansfield ya ha recibido las felicitaciones por su próximo matrimonio con un joven inglés, John Melbourne. Su hermana, Manon, se casó con el señor Duvillard, el rico banquero, el otoño pasado. Tu compañero de escuela favorito, Louis Manoir, ha sufrido varias desgracias desde la partida de Clerval de Ginebra. Pero ya se ha recuperado y se dice que está a punto de casarse con una francesa muy vivaz y guapa, Madame Tavernier. Es viuda y mucho mayor que Manoir; pero es muy admirada y la favorita de todos.

Me he animado mucho escribiendo, querido primo; sin embargo, no puedo concluir sin preguntar de nuevo con preocupación por tu salud. Querido Víctor, si no estás muy enfermo, escribenos y alegra a tu padre y a todos nosotros; o... no puedo soportar pensar en la otra cara de la moneda; ya se me saltan las lágrimas. Adiós, mi queridísimo primo.

ELIZABETH LAVENZA.

Ginebra, 18 de marzo de 17..

* * *

—¡Querida Elizabeth! —exclamé al leer su carta—. Les escribiré enseguida y les aliviaré la angustia que deben sentir.

Escribí, y este esfuerzo me cansó mucho; pero mi convalecencia había comenzado y progresaba con normalidad. En quince días pude salir de mi habitación.

Una de mis primeras tareas tras mi recuperación fue presentar a Clerval a varios profesores de la universidad. Al hacerlo, fui objeto de un trato bastante duro, impropio de las heridas que mi mente había sufrido.

Desde aquella noche fatídica, el fin de mis esfuerzos y el comienzo de mis desgracias, había desarrollado una violenta antipatía incluso hacia el nombre de la filosofía natural. Cuando por lo demás estaba completamente recuperado, la visión de un instrumento químico reavivaba toda la agonía de mis síntomas nerviosos. Henry se percató de esto y había retirado todo mi aparato de mi vista. También me había cambiado de apartamento, pues percibió que le había cogido aversión a la habitación que antes había sido mi laboratorio. Pero estas preocupaciones de Clerval fueron inútiles cuando visité a los profesores.

El señor Waldman me torturaba al alabar, con amabilidad y afecto, el asombroso progreso que había logrado en las ciencias. Pronto se dio cuenta de que me disgustaba el tema; pero, sin adivinar la verdadera causa, atribuyó mis sentimientos a la modestia y cambió de tema, pasando de mis avances a la ciencia misma, con el deseo, como evidentemente vi, de sonsacarme información. ¿Qué podía hacer? Pretendía complacerme, y me atormentaba. Sentía como si hubiera colocado cuidadosamente, uno a uno, ante mis ojos aquellos instrumentos que luego se usarían para infligirme una muerte lenta y cruel.

Me retorcí bajo sus palabras, pero no me atrevía a mostrar el dolor que sentía.

Clerval, cuyos ojos y sentimientos siempre discernían con rapidez las sensaciones ajenas, declinó el tema, alegando, a modo de excusa, su total ignorancia; y la conversación tomó un rumbo más general. Le di las gracias a mi amigo de corazón, pero no dije nada. Vi claramente que estaba sorprendido, pero nunca intentó sonsacarme mi secreto; y aunque lo amaba con una mezcla de afecto y reverencia sin límites, nunca pude convencerme de confiarle aquel suceso que tan a menudo recordaba, pero que temía que, al contárselo a otro, me lo grabaría aún más profundamente.

El señor Krempe tampoco fue amable; y en mi estado de entonces, de una sensibilidad casi insoportable, sus elogios ásperos y directos me causaron aún más dolor que la benevolente aprobación del señor Waldman.

—¡Maldito sea! —exclamó—. Pues bien, señor Clerval, le aseguro que nos ha superado a todos. Sí, sorpréndase si quiere; pero no deja de ser cierto. Un joven que, hace tan solo unos años, creía en Cornelio Agripa con la misma firmeza que en el Evangelio, ahora se ha colocado en la cima de la universidad; y si no lo derrocan pronto, todos nos sentiremos desconcertados. Sí, sí —continuó, observando mi rostro que reflejaba sufrimiento—. El señor Frankenstein es modesto; una excelente cualidad en un joven. Los jóvenes deben ser tímidos, ¿sabe, señor Clerval? Yo mismo lo fui de joven: pero eso se pasa enseguida.

El señor Krempe se dedicó entonces a elogiarse a sí mismo, lo que, afortunadamente, desvió la conversación de un tema que me resultaba tan molesto.

Clerval no era filósofo natural. Su imaginación era demasiado vívida para las minucias de la ciencia. Los idiomas eran su principal objeto de estudio; y buscaba, adquiriendo sus elementos, abrirse camino para el autoaprendizaje a su regreso a Ginebra. El persa, el árabe y el hebreo captaron su atención, después de haber dominado a la perfección el griego y el latín.

Por mi parte, la ociosidad siempre me había resultado molesta; y ahora que deseaba huir de la reflexión y odiaba mis estudios anteriores, sentí un gran alivio al ser compañero de estudios de mi amigo, y encontré no solo instrucción sino también consuelo en las obras de los orientalistas. Su melancolía es reconfortante, y su alegría, elevada a un grado que nunca experimenté al estudiar a los autores de ningún otro país. Cuando lees sus escritos, la vida parece consistir en un sol cálido y un jardín de rosas, en las sonrisas y los ceños fruncidos de un enemigo justo, y en el fuego que consume tu propio corazón. ¡Qué diferente de la viril y heroica poesía de Grecia y Roma!

El verano transcurrió entre estas ocupaciones, y mi regreso a Ginebra quedó previsto para finales de otoño; pero, debido a varios accidentes, llegó el invierno y la nieve, los caminos se consideraron intransitables, y mi viaje se retrasó hasta la primave-

ra siguiente. Sentí este retraso muy amargamente; pues anhelaba ver mi ciudad natal y a mis queridos amigos. Mi regreso se había demorado tanto solo por mi reticencia a dejar a Clerval en un lugar desconocido, antes de haber conocido a ninguno de sus habitantes. El invierno, sin embargo, lo pasé alegremente; y aunque la primavera se demoró inusualmente, cuando llegó, su belleza compensó su tardanza.

El mes de mayo ya había comenzado, y esperaba a diario la carta que fijaría la fecha de mi partida, cuando Henry propuso un paseo a pie por los alrededores de Ingolstadt para que pudiera despedirme personalmente del país que había habitado durante tanto tiempo. Acepté con gusto la propuesta: me gustaba hacer ejercicio, y Clerval siempre había sido mi compañero favorito en los paseos de este tipo que había realizado por los paisajes de mi tierra natal.

Pasamos quince días en estos paseos: mi salud y ánimo se habían recuperado hacía tiempo, y cobraron aún más fuerza gracias al aire saludable que respiraba, a los accidentes naturales de nuestro camino y a la conversación con mi amigo. El estudio me había aislado antes del trato con mis semejantes y me había vuelto antisocial; pero Clerval despertó en mí los mejores sentimientos; me enseñó de nuevo a amar la naturaleza y los rostros alegres de los niños.

¡Excelente amigo! ¡Con qué sinceridad me quisiste y te esforzaste por elevar mi espíritu hasta que estuvo a la altura del tuyo! Una búsqueda egoísta me había limitado y estrechado, hasta que tu dulzu-

ra y afecto me abrieron los ojos; volví a ser la misma persona feliz que, hace unos años, querida y amada por todos, no conocía penas ni preocupaciones.

Cuando estaba feliz, la naturaleza inanimada tenía el poder de brindarme las más deliciosas sensaciones. Un cielo sereno y campos verdes me llenaban de éxtasis. La estación presente era verdaderamente divina; las flores de primavera florecían en los setos, mientras que las de verano ya estaban en capullo: no me perturbaban los pensamientos que durante el año anterior me habían agobiado, a pesar de mis esfuerzos por deshacerme de ellos con una carga invencible.

Henry se regocijó con mi alegría y simpatizó sinceramente con mis sentimientos: se esforzó por divertirme, mientras expresaba las sensaciones que le embargaban. Los recursos de su mente en aquella ocasión fueron verdaderamente asombrosos: su conversación rebosaba imaginación; y muy a menudo, imitando a los escritores persas y árabes, inventaba relatos de maravillosa fantasía y pasión. En otras ocasiones, recitaba mis poemas favoritos, o me arrastraba a discusiones que defendía con gran ingenio.

Regresamos a nuestra universidad un domingo por la tarde: los campesinos bailaban, y todos aquellos con quienes nos encontrábamos parecían alegres y felices. Yo también estaba eufórico, y me movía con una alegría y una hilaridad desbordantes.

Capítulo VI

A MI REGRESO, encontré la siguiente carta de mi padre:

A V. FRANKENSTEIN,

Mi querido Víctor:

Probablemente has esperado con impaciencia una carta que fijara la fecha de tu regreso; y al principio estuve tentado de escribir sólo unas líneas, mencionando simplemente el día en que te esperaría. Pero eso sería una cruel bondad, y no me atrevo a hacerlo. ¿Qué sorpresa te llevarías, hijo mío, si, esperando una alegre y festiva bienvenida, te encontraras, por el contrario, con lágrimas y desdicha? ¿Y cómo, Víctor, puedo contarte nuestra desgracia? La ausencia no te ha insensibilizado ante nuestras alegrías y penas; ¿y cómo podría causar dolor a un hijo ausente? Deseo prepararte para la triste noticia, pero sé que es impo-

sible; incluso ahora tu mirada recorre la página, buscando las palabras que te transmitirán la horrible noticia.

¡William ha muerto! ¡Ese dulce niño, cuyas sonrisas me alegraban y llenaban de calidez el corazón, tan tierno y a la vez tan alegre! ¡Víctor, lo han asesinado!

No intentaré consolarte; simplemente te contaré las circunstancias del suceso.

El jueves pasado (7 de mayo), mi sobrina, tus dos hermanos y yo fuimos a pasear por Plainpalais. La tarde era cálida y tranquila, y prolongamos nuestro paseo más de lo habitual. Ya estaba anocheciendo cuando pensamos en regresar; y entonces descubrimos que William y Ernest, que habían salido antes, no estaban por ningún lado. Así que descansamos en un banco hasta que regresaran. Al rato llegó Ernest y preguntó si habíamos visto a su hermano. Dijo que habían estado jugando juntos, que William había salido corriendo a esconderse y que lo buscó en vano, y que después lo esperó durante mucho tiempo, pero que no regresó.

Este relato nos alarmó bastante, y continuamos buscándolo hasta que cayó la noche, cuando Elizabeth conjeturó que podría haber regresado a casa. No estaba allí. Regresamos de nuevo, con antorchas; pues yo no podía descansar, pensando que mi dulce niño se había perdido y estaba expuesto a la humedad y el rocío de la noche: Elizabeth también sufría una angustia extrema. Alrededor de las cinco de la mañana descubrí a mi amado niño, a quien la noche

anterior había visto radiante y lleno de vida, tendido en la hierba, lívido e inmóvil: la huella del dedo del asesino estaba en su cuello.

Lo llevaron a casa, y la angustia que se reflejaba en mi rostro delató el secreto a Elizabeth. Ella estaba muy ansiosa por ver el cadáver. Al principio intenté impedírselo; pero ella insistió, y entrando en la habitación donde yacía, examinó apresuradamente el cuello de la víctima, y juntando las manos exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¡He asesinado a mi querido bebé!»

Se desmayó y le costó muchísimo recobrar el sentido. Cuando volvió en sí, sólo pudo llorar y suspirar. Me contó que esa misma noche William la había convencido para que le dejara usar una valiosísima miniatura que ella poseía de tu madre. Ese camafeo se ha perdido y, sin duda, fue la tentación que impulsó al asesino a cometer el crimen. No tenemos ni rastro de él por el momento, aunque no cesamos en nuestros esfuerzos por encontrarlo; pero no nos devolverán a mi amado William.

Ven, querido Víctor; sólo tú puedes consolar a Elizabeth. Lloras sin cesar y se culpa injustamente de su muerte; sus palabras me parten el corazón. Todos nos sentimos desdichados; pero ¿acaso no será eso un motivo más para que tú, hijo mío, regreses y nos consueles? ¡Tu querida madre! ¡Ay, Víctor! ¡Gracias a Dios que no vivió para presenciar la cruel y miserable muerte de su hijo menor!

Ven, Víctor; no con pensamientos de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y dul-

zura, que sanarán nuestras almas en lugar de abrir sus heridas. Entra en la casa del duelo, amigo mío, pero con bondad y afecto hacia quienes te aman, y no con odio hacia tus enemigos.

Tu padre afectuoso y afligido,

ALPHONSE FRANKENSTEIN

Ginebra, 12 de mayo de 17..

* * *

Clerval, que había observado mi rostro mientras leía esta carta, se sorprendió al ver la desesperación que sucedió a la alegría que al principio expresé al recibir noticias de mis amigos. Arrojé el papel sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

—Mi querido Frankenstein —exclamó Henry al verme llorar con amargura—, ¿acaso siempre serás infeliz? Mi querido amigo, ¿qué ha ocurrido?

Le hice una seña para que tomara la carta, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación, sumamente agitado. Las lágrimas también brotaron de los ojos de Clerval al leer el relato de mi desgracia.

—No puedo ofrecerte consuelo, amigo mío —dijo—; tu desgracia es irreparable. ¿Qué piensas hacer?

—Ir inmediatamente a Ginebra: ven conmigo, Henry, a encargar los caballos.

Durante el trayecto, Clerval intentó animarme. No lo hizo con los típicos temas de consuelo, sino mostrándome la más sincera compasión.

—¡Pobre William! —dijo—. Ese niño tan querido ahora duerme con su madre, un ángel. Sus amigos lloran y se lamentan, pero él descansa: ya no siente las garras del asesino; un terrón cubre su cuerpo apacible y no conoce el dolor. Ya no es digno de lástima; los sobrevivientes son los que más sufren, y para ellos el tiempo es el único consuelo. No conviene insistir en esas máximas de los estoicos, de que la muerte no es un mal y que la mente del hombre debe ser superior a la desesperación ante la ausencia eterna de un ser querido. Hasta Catón lloró sobre el cadáver de su hermano.

Así habló Clerval mientras nos apresurábamos por las calles; sus palabras se grabaron en mi mente y las recordé después en soledad. Pero ahora, en cuanto llegaron los caballos, me apresuré a subir a un cabriolé y me despedí de mi amigo.

Mi viaje fue muy melancólico. Al principio quise apresurarme, pues anhelaba consolar y solidarizarme con mis queridos amigos afligidos; pero al acercarme a mi ciudad natal, aminoré el paso. Apenas podía soportar la multitud de sentimientos que abarrotaban mi mente. Pasé por escenas familiares de mi juventud, pero que no había visto en casi seis años. ¡Cuánto se habría alterado todo durante ese tiempo! Un cambio repentino y desolador había tenido lugar; pero mil pequeñas circunstancias pudieron haber producido gradualmente otras alteraciones que, aunque se hubieran producido con mayor tranquilidad, no por ello serían menos decisivas.

El miedo me invadió. No me atreví a avanzar, temiendo mil males innombrables que me hacían temblar, aunque era incapaz de definirlos.

Permanecí dos días en Lausana, sumido en este doloroso estado de ánimo. Contemplé el lago: sus aguas estaban plácidas; reinaba la calma a mi alrededor, y las montañas nevadas, «los palacios de la naturaleza», permanecían inalteradas. Poco a poco, la calma y la escena celestial me fueron reanimando, y continué mi viaje hacia Ginebra.

El camino discurría junto al lago, que se estrechaba a medida que me acercaba a mi ciudad natal. Descubrí con mayor nitidez las oscuras laderas del Jura y la brillante cima del Mont Blanc; lloré como un niño:

—¡Queridas montañas! ¡Mi hermoso lago! ¿Cómo reciben ustedes a su peregrino? Sus cimas están despejadas; el cielo y el lago, azules y plácidos. ¿Acaso esto presagia la paz, o se burla de mi desdicha?

Temo, amigo mío, que me volveré tedioso al detenerme en estas circunstancias preliminares; pero fueron días de relativa felicidad, y los recuerdo con placer. ¡Mi patria, mi amada patria! ¿Quién, sino un nativo, puede describir el deleite que sentí al contemplar de nuevo sus ríos, sus montañas y, sobre todo, su hermoso lago?

Sin embargo, al acercarme a casa, la tristeza y el temor volvieron a apoderarse de mí. La noche también me envolvió; y cuando ya apenas podía ver las

montañas oscuras, mis sentimientos se volvieron aún más sombríos. El panorama se presentaba como una vasta y lúgubre escena de maldad, y presentí vagamente que estaba destinado a convertirme en el más desdichado de los seres humanos. ¡Ay! Profeticé con verdad, y fallé solo en una cosa: que en toda la desgracia que imaginaba y temía, no llegué a concebir ni la centésima parte de la angustia que estaba destinado a sufrir.

Cuando llegué a las afueras de Ginebra, estaba completamente oscuro; las puertas de la ciudad ya estaban cerradas; y me vi obligado a pasar la noche en Sécheron, un pueblo a media legua al este de la ciudad. El cielo estaba sereno y, como no podía descansar, decidí visitar el lugar donde habían asesinado a mi pobre William.

Imposibilitado de atravesar la ciudad, tuve que cruzar el lago en barca para llegar a Plainpalais. Durante este corto viaje vi los relámpagos jugar en la cima del Mont Blanc, formando figuras bellísimas. La tormenta parecía acercarse rápidamente; y, al desembarcar, subí a una colina baja, para observar su avance. Y avanzó: el cielo se cubrió de nubes, y pronto sentí la lluvia caer lentamente en grandes gotas, pero su violencia aumentó rápidamente.

Me levanté de mi asiento y seguí caminando, aunque la oscuridad y la tormenta aumentaban a cada minuto, y el trueno retumbaba con un estruendo tremendo sobre mi cabeza. El eco resonaba desde Salève, el Jura y los Alpes de Saboya; vívidos relám-

pagos me deslumbraban, iluminando el lago, haciéndolo parecer una inmensa sábana de fuego; luego, por un instante, todo parecía sumido en una oscuridad absoluta, hasta que la vista se recuperaba del destello anterior. La tormenta, como suele ocurrir en Suiza, apareció de repente en distintas partes del cielo. La más violenta se cernía justo al norte del pueblo, sobre la parte del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive y el pueblo de Copêt. Otra tormenta iluminaba el Jura con tenues destellos; y otra más a veces oscurecía y a veces dejaba ver Le Môle, una montaña de pico alto al este del lago.

Mientras contemplaba la tormenta, tan hermosa y a la vez terrible, avancé con paso apresurado. Esta noble guerra en el cielo elevó mi ánimo; junté las manos y exclamé:

—¡William, ángel querido! ¡Éste es tu funeral, tu canto fúnebre!

Tan pronto pronuncié estas palabras, percibí en la penumbra una figura que surgió sigilosamente de entre un grupo de árboles cerca de mí; me quedé inmóvil, observándola fijamente: no podía equivocarme. Un relámpago iluminó el objeto y me reveló su forma con claridad; su gigantesca estatura y la deformidad de su aspecto, más horrenda que cualquier ser humano, me informaron al instante que se trataba del miserable, del inmundo demonio al que yo había dado vida.

¿Qué hacía allí? ¿Podría ser (me estremecí de sólo pensarlo) el asesino de mi hermano? Tan pronto

como esa idea cruzó mi mente, me convencí de su veracidad. Me castañeteaban los dientes y tuve que apoyarme en un árbol para no caerme. La figura pasó rápidamente a mi lado y la perdí de vista en la penumbra.

Nada con forma humana podría haber destruido a ese niño tan bello. ¡Él era el asesino! No podía dudar. La mera presencia de la idea era una prueba irrefutable del hecho. Pensé en perseguir al diablo; pero habría sido en vano, pues otro destello me lo reveló colgado entre las rocas de la casi perpendicular ascensión del Mont Salêve, una colina que limita con Plainpalais al sur. Pronto llegó a la cima y desapareció.

Quedé paralizado. El trueno cesó; pero la lluvia continuaba, y la escena quedó envuelta en una oscuridad impenetrable. Repasé en mi mente los sucesos que hasta entonces había intentado olvidar: todo el proceso de mi creación; la aparición de la obra de mis propias manos, viva junto a mi cama; su partida. Ya habían transcurrido casi dos años desde la noche en que recibió la vida; ¿y acaso este era su primer crimen? ¡Ay! Había liberado al mundo a un ser depravado, cuyo deleite residía en la matanza y la crueldad; ¿acaso no había asesinado a mi hermano?

Nadie puede imaginar la angustia que sufrí durante el resto de la noche, que pasé, con frío y empapado, a la intemperie. Pero no sentí la incomodidad del clima; mi imaginación se afanaba en escenas de maldad y desesperación. Pensaba en el ser que ha-

bía arrojado entre los hombres, y dotado de la voluntad y el poder para llevar a cabo propósitos horribles, como el acto que ahora había cometido, casi como mi propio vampiro, mi propio espíritu liberado de la tumba y obligado a destruir todo lo que me era querido.

Amaneció y me dirigí hacia el pueblo. Las puertas estaban abiertas y me apresuré a la casa de mi padre. Mi primera intención fue revelar lo que sabía del asesino y ordenar que se iniciara una persecución inmediata. Pero me detuve al reflexionar sobre la historia que debía contar. Un ser al que yo mismo había formado y dotado de vida me había encontrado a medianoche entre los precipicios de una montaña inaccesible.

Recordé también la fiebre nerviosa que me había asaltado justo en el momento en que feché mi creación, y que daría un aire de delirio a un relato de cualquier modo tan improbable. Sabía bien que si algún otro me lo hubiera contado, lo habría considerado un desvarío. Además, la extraña naturaleza del animal eludiría toda persecución, incluso si se me creyera lo suficiente como para persuadir a mis parientes de que la iniciaran. Además, ¿de qué serviría perseguirlo? ¿Quién podría detener a una criatura capaz de escalar las paredes escarpadas del Mont Salêve? Estas reflexiones me determinaron, y decidí permanecer en silencio.

Eran aproximadamente las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Les dije a los

criados que no molestaran a la familia y me dirigí a la biblioteca para esperar su hora habitual de levantarse.

Habían transcurrido seis años, como un sueño, salvo por una huella imborrable, y me encontraba en el mismo lugar donde había abrazado a mi padre por última vez antes de mi partida a Ingolstadt. ¡Querido y respetable padre! Eso seguía siendo para mí. Contemplé el retrato de mi madre, que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Era un cuadro histórico, pintado por deseo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort en un momento de profunda desesperación, arrodillada junto al ataúd de su difunto padre. Su atuendo era rústico y sus mejillas pálidas; pero había en ella un aire de dignidad y belleza que apenas permitía sentir lástima.

Debajo de este cuadro había una miniatura de William; y las lágrimas brotaron al contemplarla. Mientras estaba absorto en esto, entró Ernest: me había oído llegar y se apresuró a darme la bienvenida. Expresó una alegría agri dulce al verme:

—Bienvenido, mi querido Víctor —dijo—. ¡Ah! Ojalá hubieras venido hace tres meses, y entonces nos habrías encontrado a todos alegres y felices. Pero ahora nos embarga la desdicha; y me temo que las lágrimas, en lugar de las sonrisas, serán tu bienvenida. Nuestro padre luce tan afligido: este terrible suceso parece haber reavivado en él el dolor por la muerte de mamá. La pobre Elizabeth también está inconsolable.

Ernest rompió a llorar al pronunciar estas palabras.

—No me recibas así —dije—; intenta estar más tranquilo, para que no me sienta absolutamente entristecido al entrar en casa de mi padre después de una ausencia tan larga. Pero dime, ¿cómo sobrelleva mi padre sus desgracias? ¿Y cómo está mi pobre Elizabeth?

—Verdaderamente necesita consuelo; se acusó de haber causado la muerte de mi hermano, y eso la hizo muy desdichada. Pero puesto que el asesino ha sido descubierto...

—¿El asesino descubierto?! ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Quién podría intentar perseguirlo? Es imposible; sería como intentar alcanzar al viento, o contener un arroyo de montaña con una pajita.

—No sé a qué te refieres; pero todos nos pusimos muy tristes cuando lo descubrieron. Nadie lo creyó al principio; e incluso Elizabeth todavía no se convence, a pesar de todas las pruebas. En efecto, ¿quién iba a creer que Justine Moritz, tan amable y cariñosa con toda la familia, pudiera volverse de repente tan malvada?

—¡Justine Moritz! ¿Esa pobre chica es la acusada? Pero se trata de un error; todo el mundo lo sabe; nadie lo cree, ¿verdad, Ernest?

—Nadie lo hizo al principio; pero surgieron varias circunstancias que prácticamente nos han obligado a convencernos: y su propio comportamiento

ha sido tan confuso que añade a las pruebas un peso tal que, me temo, no deja lugar a dudas. Pero hoy será juzgada, y entonces lo sabrás todo.

Ernest contó que, la mañana en que se descubrió el asesinato del pobre William, Justine enfermó y tuvo que guardar cama; y, días después, uno de los criados, al examinar la ropa que llevaba la noche del crimen, descubrió en su bolsillo el camafeo de mi madre, que se consideró la tentación del asesino. El criado se lo mostró inmediatamente a otro, quien, sin decir palabra a nadie de la familia, acudió a un magistrado; y, tras su declaración, Justine fue arrestada. Al ser acusada del hecho, la pobre muchacha confirmó en gran medida las sospechas con su extrema confusión.

Era una historia extraña, pero no me hizo dudar; y respondí con sinceridad:

—Están todos equivocados; conozco al asesino. Justine, la pobre, buena Justine, es inocente.

En ese instante entró mi padre. Vi una profunda tristeza reflejada en su rostro, pero intentó darme una cálida bienvenida; y, tras intercambiar nuestro triste saludo, habría sacado otro tema que no fuera el de nuestra desgracia, de no ser porque Ernest exclamó:

—¡Dios mío, papá! Víctor dice que sabe quién asesinó al pobre William.

—Nosotros también lo sabemos, por desgracia —respondió mi padre—; pues, en verdad, preferiría

haber permanecido siempre en la ignorancia antes que descubrir tanta depravación e ingratitud en alguien a quien apreciaba tanto.

—Querido padre, te equivocas: Justine es inocente.

—Si lo es, ¡Dios no permita que sufra como culpable! Va a ser juzgada hoy, y espero, sinceramente espero, que sea absuelta.

Estas palabras me tranquilizaron. Estaba firmemente convencido de que Justine, y de hecho todo ser humano, era inocente de este asesinato. Por lo tanto, no temía que se presentara ninguna prueba circunstancial lo suficientemente sólida como para condenarla; y, con esta certeza, me tranquilicé, esperando el juicio con impaciencia, pero sin presagiar un resultado adverso.

Pronto se nos unió Elizabeth. El tiempo había hecho grandes cambios en su apariencia desde la última vez que la vi. Seis años antes había sido una muchacha bonita y de buen humor, a quien todos querían y mimaban. Ahora era toda una mujer en estatura y expresión, singularmente encantadora. Su frente amplia y despejada denotaba una gran inteligencia, unida a una franqueza excepcional. Sus ojos eran color avellana y expresaban dulzura, aunque ahora, debido a una reciente aflicción, se habían teñido de tristeza. Su cabello era de un castaño oscuro y brillante, su tez clara y su figura esbelta y grácil. Me recibió con el mayor afecto.

—Tu llegada, mi querido primo —dijo—, me llena de esperanza. Quizás encuentres alguna manera

de justificar a mi pobre e inocente Justine. ¡Ay! ¿Quién estará a salvo si la condenan por un crimen? Confío en su inocencia tanto como en la mía. Nuestra desgracia es doblemente dura; no solo hemos perdido a ese adorado muchacho, sino que esta pobre niña, a quien amo sinceramente, será arrebatada por un destino aún peor. Si la condenan, jamás volveré a conocer la alegría. Pero no la condenarán, estoy segura de que no la condenarán; y entonces volveré a ser feliz, incluso después de la triste muerte de mi pequeño William.

—Es inocente, Elizabeth mía —dije—, y se demostrará; no temas, permite más bien que el hecho de su absolución te reconforte.

—¡Qué amable eres! Todos los demás creen en su culpabilidad, y eso me hacía sentir fatal; pues sabía que era imposible. Ver a todos con prejuicios tan virulentos me sumía en la desesperación. —Lloró.

—Querida sobrina —dijo mi padre—, seca tus lágrimas. Si es, como crees, inocente, confía en la justicia de nuestros jueces y en la diligencia con la que evitaré la más mínima muestra de parcialidad.

Capítulo VII

PASAMOS unas horas tristes, hasta las once, cuando el juicio debía comenzar. Mi padre y el resto de la familia estaban obligados a asistir como testigos, y los acompañé al tribunal. Durante toda aquella miserable farsa de justicia, sufrí una tortura en vida. Se iba a decidir si el resultado de mi curiosidad y mis actos ilícitos causaría la muerte de dos de mis semejantes: uno, una niña sonriente, llena de inocencia y alegría; el otro, asesinado de forma mucho más horrible, con todos los agravantes de infamia que pudieran hacer del asesinato un crimen memorable por su horror.

Justine también era una muchacha de mérito, y poseía cualidades que prometían hacerle feliz: ahora todo iba a quedar sumido en una tumba ignominiosa; ¡y yo, la causa! Mil veces preferiría haberme confesado culpable del crimen que se le imputaba a Justine; pero yo estaba ausente cuando se cometió, y

tal declaración habría sido considerada como el desvarío de un loco, y no la habría exculpado a ella que sufría por mi culpa.

Justine compareció con serenidad. Vestía de luto; y su rostro, siempre cautivante, se tornaba exquisitamente bello por la solemnidad de sus sentimientos. Sin embargo, parecía segura de su inocencia y no temblaba, aunque era observada y execrada por miles, pues toda la amabilidad que su belleza podía haber despertado quedaba borrada en la mente de los espectadores por la idea de la enormidad que se suponía que había cometido.

Estaba tranquila, pero su tranquilidad era evidentemente forzada; y como su confusión había sido aducida anteriormente como prueba de su culpabilidad, compuso su espíritu y se armó de valor. Al entrar en la sala, echó una mirada a su alrededor y rápidamente descubrió dónde estábamos sentados. Una lágrima pareció nublar su mirada al vernos; pero se recuperó rápidamente, y una expresión de afligido afecto pareció atestiguar su absoluta inocencia.

El juicio comenzó; y después de que el abogado defensor expusiera la acusación, se llamó a varios testigos. Un conjunto de hechos extraños se combinaban en su contra, lo que podría haber desconcertado a cualquiera que no tuviera pruebas de su inocencia como las que yo tenía. Había estado fuera toda la noche en que se cometió el asesinato, y hacia la mañana una vendedora del mercado la vio no lejos del lugar donde posteriormente se encontró el

cuerpo del niño asesinado. La mujer le preguntó qué hacía allí; pero ella la miró de forma muy extraña y solo dio una respuesta confusa e ininteligible. Regresó a la casa alrededor de las ocho; y cuando le preguntaron dónde había pasado la noche, respondió que había estado buscando al niño y preguntó con insistencia si se había sabido algo de él.

Cuando le mostraron el cuerpo, sufrió un violento ataque de histeria y permaneció en cama durante varios días. Entonces se presentó el camafeo que la criada había encontrado en su bolsillo. Y cuando Elizabeth, con voz temblorosa, confirmó que era el mismo que, una hora antes de que el niño desapareciera, le había puesto alrededor del cuello, un murmullo de horror e indignación llenó la sala.

Justine fue llamada a declarar. A medida que avanzaba el juicio, su semblante había ido cambiando. Sorpresa, horror y tristeza se reflejaban ahora en su rostro. Por momentos luchó por contener las lágrimas; pero cuando se le pidió que presentara su alegato, se recompuso y habló con voz audible, aunque fluctuante:

—Dios sabe —dijo—, que soy enteramente inocente. Pero no pretendo que mis protestas me absuelvan: baso mi inocencia en una explicación clara y sencilla de los hechos que se han presentado en mi contra; y espero que la reputación que siempre he tenido incline a mis jueces a una interpretación favorable, cuando alguna circunstancia parezca dudosa o sospechosa.

Relató entonces que, con el permiso de Elizabeth, había pasado la noche del asesinato en casa de una tía en Chêne, un pueblo situado a una legua de Ginebra. A su regreso, alrededor de las nueve, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto algo del niño desaparecido. Alarmada por el relato, pasó varias horas buscándolo, cuando cerraron las puertas de Ginebra y se vio obligada a permanecer varias horas de la noche en el granero de una finca, pues no quería despertar a los habitantes, a quienes conocía bien. Incapaz de descansar ni dormir, abandonó su refugio temprano para intentar de nuevo encontrar a mi hermano. Si se acercó al lugar donde yacía su cuerpo, fue sin saberlo. Que estuviera desconcertada al ser interrogada por la vendedora del mercado no era de extrañar, ya que había pasado una noche en vela y el destino del pobre William aún era incierto. Respecto al camafeo, no pudo dar ninguna explicación.

—Sé cuán grave y fatalmente me perjudica esta circunstancia —continuó la desdichada víctima—, pero no tengo la capacidad de explicarla. Y cuando he expresado mi total ignorancia, solo me queda conjeturar sobre las probabilidades de que haya llegado a mi bolsillo. Pero también aquí me encuentro con un obstáculo. Creo que no tengo enemigos en la tierra, y ninguno habría sido tan malvado como para destruirme sin motivo. ¿La colocó allí el asesino? No sé si tuvo la oportunidad de hacerlo; o si la tuvo, ¿por qué habría de robar la joya para deshacerse de ella tan pronto? Encomiendo mi causa a la justicia

de mis jueces, pero no veo lugar para la esperanza. Solicito permiso para que se examine a algunos testigos sobre mi carácter; y si su testimonio no refuta mi supuesta culpabilidad, seré condenada, aunque juraría mi salvación por mi inocencia.

Llamaron a declarar a varios testigos que la conocían desde hacía muchos años, y hablaron bien de ella; pero el miedo y la repugnancia por el crimen del que la suponían culpable los volvieron temerosos y reacios a defenderla. Elizabeth vio que incluso este último recurso, su excelente carácter y conducta intachable, estaba a punto de fallarle a la acusada, y entonces, aunque visiblemente agitada, solicitó permiso para dirigirse al tribunal.

—Soy la prima del niño desdichado que fue asesinado, o más bien su hermana —dijo—, pues fui educada por sus padres y he vivido con ellos desde entonces, incluso mucho antes de su nacimiento. Por lo tanto, puede considerarse indecente que me presente en esta ocasión; pero cuando veo a una amiga a punto de perecer por la cobardía de sus supuestos amigos, deseo que se me permita hablar, para poder decir lo que sé de su carácter. Conozco bien a la acusada. He vivido en la misma casa con ella, en una ocasión durante cinco años, y en otra durante casi dos. Durante todo ese tiempo me pareció la persona más amable y benevolente que jamás haya conocido. Cuidó en su última enfermedad a la señora Frankenstein, mi tía, con el mayor cariño y esmero; y después atendió a su propia madre durante una lar-

ga enfermedad, de una manera que despertó la admiración de todos los que la conocían. Después de lo cual volvió a vivir en casa de mi tío, donde era muy querida por toda la familia. Sentía un apego muy especial por el niño ahora fallecido y se comportaba con él como una madre sumamente afectuosa. Por mi parte, no dudo en decir que, a pesar de todas las pruebas presentadas en su contra, creo y confío plenamente en su inocencia. No tenía ningún motivo para hacer tal cosa: en cuanto a la baratija en la que se basa la prueba principal, si la hubiera deseado con fervor, se la habría dado con gusto; a tal punto la aprecio y la valoro.

¡Excelente, Elizabeth! Se oyó un murmullo de aprobación; pero fue motivado por su generosa intervención, y no en favor de la pobre Justine, sobre quien la indignación pública se volvió con renovada violencia, acusándola de la más negra ingratitud. Ella misma lloró mientras Elizabeth hablaba, pero no respondió.

Mi propia agitación y angustia fueron extremas durante todo el juicio. Creía en su inocencia; la sabía inocente. ¿Acaso el demonio que había asesinado (no lo dudé ni por un instante) a mi hermano, también en su infernal juego había entregado a la inocente a la muerte y a la ignominia? No pude soportar el horror de mi situación; y cuando percibí que la voz popular y los rostros de los jueces ya habían condenado a mi desdichada víctima, salí corriendo del tribunal presa de la agonía.

Las torturas de la acusada no se comparaban con las mías; a ella la sostenía su inocencia, pero los colmillos del remordimiento me desgarraban el pecho y se resistían a soltar su agarre.

Pasé una noche absolutamente desgraciada. Por la mañana fui al juzgado; tenía los labios y la garganta resecos. No me atrevía a hacer la pregunta crucial; pero me conocían, y el oficial adivinó el motivo de mi visita. Las papeletas ya se habían emitido; todas habían salido negras, y Justine había sido condenada.

No puedo pretender describir lo que sentí entonces. Ya había experimentado sensaciones de horror; y he intentado expresarlas adecuadamente, pero las palabras no pueden transmitir la idea de la desesperación desgarradora que entonces sufrí. La persona a quien me dirigí añadió que Justine ya había confesado su culpabilidad.

—Esa prueba —observó— apenas era necesaria en un caso tan flagrante, pero me alegro que haya sido así; en efecto, a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal basándose en pruebas circunstanciales, por muy concluyentes que sean.

Cuando regresé a casa, Elizabeth reclamó ansiosamente conocer el resultado.

—Prima mía —respondí—, se ha decidido como cabría esperar; todos los jueces prefieren que diez inocentes sufran a que un culpable quede impune. Pero ella ha confesado.

Esto fue un duro golpe para la pobre Elizabeth, que había confiado firmemente en la inocencia de Justine.

—¡Ay! —exclamó—, ¿cómo podré volver a creer en la bondad humana? Justine, a quien amaba y estimaba como a mi hermana, ¿cómo pudo exhibir esas sonrisas de inocencia solo para traicionarme? Sus ojos dulces parecían incapaces de cualquier crueldad o mal genio, y sin embargo ha cometido un asesinato.

Poco después supimos que la pobre víctima había expresado su deseo de ver a mi prima. Mi padre no quería que fuera, pero dijo que dejaba la decisión en manos de su propio juicio y sentimientos.

—Sí —dijo Elizabeth—, iré, aunque sea culpable; y tú, Víctor, me acompañarás: no puedo ir sola.

La idea de esta visita me torturaba, pero no podía negarme.

Entramos en la lúgubre celda y vimos a Justine sentada sobre un lecho de paja al fondo; tenía las manos esposadas y la cabeza apoyada en las rodillas. Se levantó al vernos entrar; y cuando nos quedamos a solas con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth, llorando desconsoladamente.

Mi prima también lloró.

—¡Ay, Justine! —exclamó—. ¿Por qué me has arrebatado mi último consuelo? Confiaba en tu inocencia; y aunque entonces era muy desdichada, no era tan miserable como ahora.

—¿Y tú también crees que soy tan, tan malvada? ¿También tú te unes a mis enemigos para destruirme?

Su voz se quebró entre sollozos.

—Levántate, pobrecita —dijo Elizabeth—. ¿Por qué te arrodillas si eres inocente? No soy una de tus enemigas; te creí inocente, a pesar de todas las pruebas, hasta que supe que tú misma habías declarado tu culpabilidad. Dices que ese rumor es falso; y ten por seguro, querida Justine, que nada puede quebrantar mi confianza en ti ni por un instante, sino tu propia confesión.

—Sí, confesé; pero confesé una mentira. Confesé para obtener la absolución; pero ahora esa falsedad pesa más en mi corazón que todos mis demás pecados. ¡Que Dios del cielo me perdone! Desde que fui condenada, mi confesor me ha acosado; me amenazó e intimidó, hasta que casi empecé a creer que era el monstruo que él decía que era. Me amenazó con la excomunión y el fuego del infierno en mis últimos momentos si persistía obstinada. Querida señora, no tenía a nadie que me apoyara; todos me veían como una desgraciada, condenada a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? En un momento aciago subscribí una mentira; y sólo ahora soy verdaderamente desgraciada.

Hizo una pausa, llorando, y luego continuó:

—Pensé con horror, mi dulce señora, que pudieras llegar a creer que tu Justine, a quien tu bendita tía había honrado tanto y a quien amabas, era una

criatura capaz de un crimen que sólo el mismo diablo podría haber cometido. ¡Querido William! ¡Queridísimo hijo! Pronto te volveré a ver en el cielo, donde todos seremos felices; y eso me consuela, encaminada como estoy a sufrir la ignominia y la muerte.

—¡Oh, Justine! Perdóname por haber desconfiado de ti por un instante. ¿Por qué confesaste? Pero no te aflijas, querida hija; proclamaré tu inocencia por todas partes y obligaré a la gente a creer. Sin embargo, debes morir; tú, mi compañera de juegos, mi confidente, mi más que una hermana. Jamás podré sobrevivir a una desgracia tan horrible.

—Querida y dulce Elizabeth, no llores. Debes infundirme esperanza en una vida mejor y elevarme por encima de las pequeñas preocupaciones de este mundo de injusticia y discordia. No me llores, excelente amiga, a la desesperación.

—Intentaré consolarte; pero me temo que este es un mal demasiado profundo y doloroso para admitir consuelo, pues no hay esperanza. Sin embargo, que el cielo te bendiga, mi queridísima Justine, con resignación y una confianza elevada más allá de este mundo. ¡Oh, cuánto odio sus espectáculos y burlas! Cuando una criatura es asesinada, otra es inmediatamente privada de la vida de una manera lenta y tortuosa; entonces los verdugos, con las manos aún manchadas con la sangre de inocentes, creen haber realizado una gran hazaña. A esto lo llaman castigo. ¡Nombre odioso! Cuando se pronuncia esa palabra,

sé que se infligirán penas mayores y más horribles que las que el tirano más sombrío haya inventado jamás para saciar su máxima venganza. Sin embargo, esto no es consuelo para ti, mi Justine, a menos que en verdad puedas gloriarte de escapar de tan miserable guarida. ¡Ay! ¡Ojalá pudiera estar en paz, con mi tía y mi querido William, escapada de un mundo que me resulta odioso y de los rostros de hombres a los que aborrezco.

Justine sonrió lánguidamente.

—Esto, querida señora, es desesperación, y no resignación. No debo aprender la lección que usted quiere darme. Hable de otra cosa, algo que traiga paz, y no más desdicha.

Durante esta conversación, me retiré a un rincón de la celda, donde podía ocultar la horrible angustia que me consumía. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de eso? La pobre víctima, que al día siguiente cruzaría la lúgubre frontera entre la vida y la muerte, no sentía como yo una agonía tan profunda y amarga. Rechiné los dientes, los apreté con fuerza, dejando escapar un gemido que brotaba de lo más profundo de mi alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio quién era, se acercó a mí y dijo:

—Estimado señor, es usted muy amable al visitarme; espero que no crea que soy culpable.

No pude responderle.

—No, Justine —dijo Elizabeth—; él está más convencido de tu inocencia que yo; pues incluso cuando oyó que habías confesado, no te creyó.

—Le doy las gracias de corazón. En estos últimos momentos siento la más sincera gratitud hacia quienes piensan en mí con bondad. ¡Qué dulce es el afecto de los demás hacia una desdichada como yo! Elimina más de la mitad de mi desgracia; y siento que podría morir en paz, ahora que mi inocencia es reconocida por ti, querida señora, y por tu primo.

Así, la pobre afligida intentó consolar a los demás y a sí misma. En efecto, logró la resignación que anhelaba. Pero yo, el verdadero asesino, sentía el gusano inmortal vivo en mi pecho, que no ofrecía esperanza ni consuelo. Elizabeth también lloraba y era infeliz; pero la suya era también la miseria de la inocencia, que, como una nube que pasa sobre la hermosa luna, la oculta por un tiempo, pero no puede empañar su brillo. La angustia y la desesperación habían penetrado hasta lo más profundo de mi corazón; llevaba dentro un infierno que nada podía extinguir. Nos quedamos varias horas con Justine; y a Elizabeth le costó mucho trabajo marcharse.

—¡Ojalá pudiera morir contigo! —exclamó—. No puedo vivir en este mundo de desgracias.

Justine fingió un aire de alegría, mientras con dificultad reprimía sus amargas lágrimas. Abrazó a Elizabeth y dijo, con voz de emoción contenida:

—Adiós, dulce dama, queridísima Elizabeth, mi amada y única amiga; que el cielo en su generosidad te bendiga y te proteja; que esta sea la última desgracia que sufras. Vive, sé feliz y haz felices a los demás.

Al regresar, Elizabeth dijo:

—No sabes, mi querido Víctor, cuán aliviada me siento ahora que confío en la inocencia de esta desdichada muchacha. Jamás habría podido encontrar la paz si me hubiera engañado al confiar en ella. En el momento en que la creí culpable, sentí una angustia que no habría podido soportar mucho tiempo. Ahora mi corazón está más tranquilo. La inocente sufre; pero aquélla a quien consideraba amable y buena no ha traicionado la confianza que deposité en ella, y me consuela.

¡Querida prima! Esos eran tus pensamientos, dulces y amables como tus queridos ojos y tu voz. Pero yo... yo era un desgraciado, y nadie jamás imaginó la desdicha que entonces padecía.

FIN DEL TOMO I

Frankenstein
por
Mary W. Shelley

Edición original
Lackington, Hughes, Harding, Mayor & Jones
Londres, 1818

Traducción, revisión, notas y edición digital
© In Octavo, 2025